

BREVE NOTICIA DE LA VIDA

DEL

ILUSTRÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO DE BOGOTÁ,

DOCTOR DON

Manuel José de Mosquera Figueron y Arboleda.

POR D. ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI.

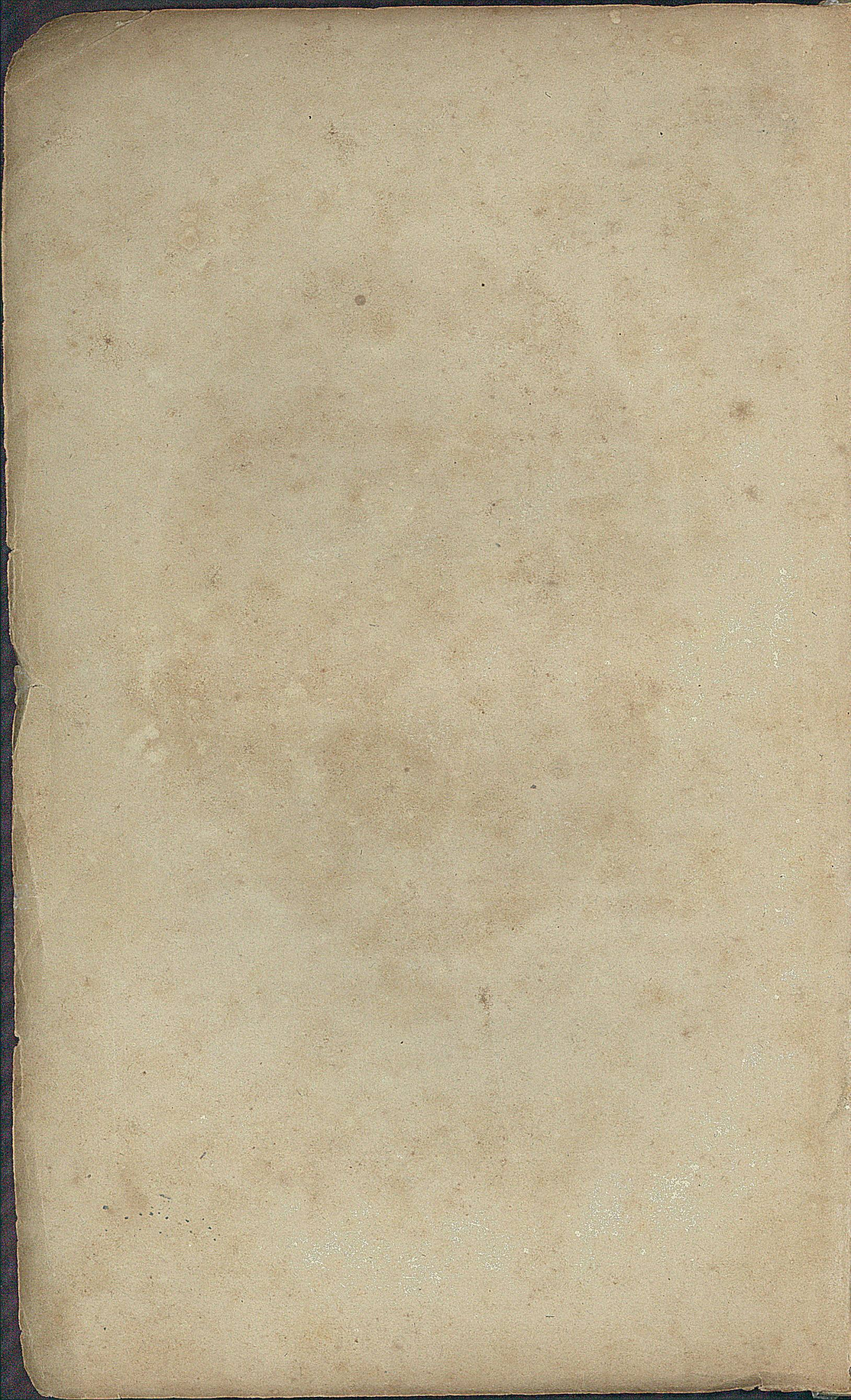
NUEVA YORK:

IMPRENTA DE S. W. BÉNEDICT, CALLE DE SPRUCE No. 10.

1854.

*De Mosquera Figueron y Arboleda*





17  
18

# BREVE NOTICIA DE LA VIDA

DEL

ILUSTRÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO DE BOGOTÁ,

DOCTOR DON

*Manuel José de Mosquera Figuera y Arboleda.*

POR D. ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI.

*J. C. M.*

NUEVA YORK:  
IMPRENTA DE S. W. BENEDICT, CALLE DE SPRUCE No. 10.  
1854.





**BREVE NOTICIA DE LA VIDA**

DEL

ILLUSTRÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO DE BOGOTÁ.

DOCTOR DON

**MANUEL JOSÉ DE MOSQUERA FIGUEROA Y ARBOLEDA.**

POR D. ANTONIO J. DE IRISARRI.

DEJÓ ya de existir sobre la tierra el preclarísimo varon que honraba con sus eminentes virtudes á toda la América española, y que fué acatado como un dechado de bondad entre los católicos de ambos hemisferios. Llegó la muerte, si cruel para muchos, piadosísima para él, á poner término á las persecuciones, á los padecimientos, á las tribulaciones de que fué víctima aquel ilustrísimo prelado. Abrióle la muerte el templo de la inmortalidad, y aseguróle la eternidad de aquella gloria adquirida á costa de inmensos sacrificios, y expuesta á menoscabarse en el curso de la vida. Los verdaderos amigos de este extraordinario modelo de piedad, de mansedumbre y de caridad evangélica, no debemos



en verdad deplorar esta muerte, viendo en ella el último de los dos extremos de la vida, sino que, por el contrario, debemos celebrar que llegase precisamente en aquel punto, en que ya no era posible al insigne mártir de los deberes episcopales ser mas heroico, mas magnánimo, mas digno de admiracion, y cuando solo podia sufrir y padecer sin provecho de su Iglesia, ni de su patria, ni de sus semejantes. Habia, en efecto, la gloria del venerable Arzobispo alcanzado á aquel grado de mayor altura á que muy pocos alcanzan en la vida, y á que otros se elevan despues de la muerte con el auxilio de la poesía, que se complace en engrandecer á los muertos para hacer mejores á los vivos. No, no será á la poesía, ni á la oratoria á quienes deba el dignísimo Arzobispo Mosquera ni la menor parte, ni realce alguno de la esplendente aureola de que aparecerá rodeado en todos los venideros siglos su venerabilísimo nombre, porque bastan los hechos de aquella santa vida, referidos por sus mismos enemigos, para dar la mas perfecta idea de las eminentes virtudes del primero de los obispos perseguidos en la América española por sus mismas ovejas.

Aquel piadosísimo pastor solo sentia en su muerte que sus sacrificios hubieran sido inutiles para su Iglesia; pero esto no podia ser, porque su heroica

vida, y su misma gloriosa muerte, debian necesariamente redundar en provecho y beneficio de los fieles, por quienes él fué inmolado. Los admirables ejemplos que él ha dejado á la imitacion de sus conciudadanos, producirán por necesidad sus naturales consecuencias; porque el poder de los buenos ejemplos es mui superior al de las buenas doctrinas. Puede alguno desconfiar de que sea practicable una heroica virtud; pero no es posible dudar que es hacedero lo que vemos que otro ha practicado, por difícil que parezca. Hé aqui la razon por la cual el señor Mosquera, aunque tuvo la fama de ser uno de los mas elocuentes y sabios oradores sagrados de su tiempo, no cuidó de hacer imprimir sus sermones y sus pláticas doctrinales, diciendo con aquella humildad y modestia que le caracterizaban, que cuanto él habia predicado y enseñado á sus fieles, lo habian dicho mas elegantemente los padres de la Iglesia; y cuando el erudito literato español Don Vicente Salvá le escribió pidiéndole algunos de sus sermones para publicarlos, se excusó de hacerlo alegando que ninguno de ellos merecia la honra de aparecer entre tanta obra de gran mérito como las que han dejado los predicadores de la católica España y de la cristianísima Francia; pero no por esto dejó de legarnos en los hechos admirables de



su vida los dechados de todas las virtudes religiosas, morales y políticas, aquellos preciosos dechados que no se olvidan como las palabras, y que tienen sobre los corazones humanos mayor imperio que el de las mas bien formadas oraciones.

En la vida de este célebre prelado tenemos la escuela práctica de la moral mas pura, del exacto cumplimiento de los deberes mas sagrados del sacerdocio, de la piedad ácia todo el género humano, no de aquella piedad parcial limitada á solo los individuos de su misma creencia; la escuela práctica, añadiré, del verdadero patriotismo, de la sana política, de la verdadera tolerancia y de las virtudes públicas y domésticas. Esta vida será algun dia escrita por la diestra pluma que sea digna de tan noble materia; pero entre tanto, yo quiero tributar al mérito del insigne varon que me honró con su benevolencia el homenaje que le debo. Jamas he deseado tener los talentos de Plinio y los de Plutarco, sino hoi que me veo obligado á bosquejar solamente, por falta de mayor habilidad, el cuadro maravilloso de la vida del clarísimo y virtuosísimo prelado americano, que ha recogido en el camino fragoso de su emigracion coronas de gloria, y muestras del mas profundo respeto de las mas altas jerarquías eclesiásticas en ambos mundos.



Perdóneseme, pues, mi insuficiencia en obsequio de mi buena voluntad.

Yo no conocí al Señor Mosquera, sino ocho años ha, cuando las pesadumbres del espíritu y las dolencias del cuerpo habian ya comenzado á atosigar aquel noble corazon; cuando era ya la víctima de sus impíos, ingratos y crueles enemigos; cuando se aumentaba de dia en dia el incurable mal que le iba conduciendo ácia aquel sepulcro, que debia, por disposicion del cielo, abrirsele en Marsella el 10 de diciembre de 1853. No conocí, pues, al santo mártir, sino en la época de su martirio, en aquellos aciagos dias, en que la calumnia se habia propuesto pintar como un orgulloso aristócrata al mas humilde de los hombres, como un voluptuoso sibarita al mas virtuoso de los eclesiásticos, y como un ambicioso de poder al filósofo cristiano que mas pruebas habia dado de abnegacion de sí mismo. Conocíle precisamente en el tiempo en que un hombre apasionado no puede ménos de manifestar los quilates de sus pasiones, asi como el virtuoso los de sus verdaderas virtudes. Solo los mui torpes dejan de ser mansos cuando todos se les humillan, dejan de ser benéficos cuando les sobran los medios de serlo, y dejan de ser buenos cuando no hai malos que los persigan; pero el que



conserva la mansedumbre en medio de la persecucion mas injusta, y ejerce la beneficencia á costa de extremas economías, y en favor de sus perseguidores, y es bueno cuando solo ve triunfante la maldad, es preciso que sea dotado de una virtud celestial, que poquísimas veces se ostenta sobre la tierra.

Nació Don Manuel José de Mosquera y Arboleda en la ciudad de Popayan el dia 11 de abril de 1800; de modo que su vida fué de una duracion de cincuenta y tres años ocho meses, ménos un dia. Su padre fué Don José Maria de Mosquera y Figueroa, descendiente de Cristobal y de Francisco de Mosquera y Figueroa, dos de los nobles aventureros que hicieron la conquista de aquel pais en sus propios caballos, con sus propias armas y á sus propias expensas. Uno y otro eran descendientes de Gomez Suarez de Figueroa, primer conde de Féria, progenitor de los duques de este título, y estaban relacionados por varios enlaces con las casas ducales de Alba, de Béjar, del Infantado y de Medinasidonia, y con la de los condes del Montijo y de Teba. Cristobal lo era especialmente con la casa de los condes de Altamira. Un hijo de este casó con una nieta de Francisco, viniendo asi á unirse de nuevo las dos ramas del mismo tronco,



que se habian hecho algun tanto diferentes. La madre del arzobispo, mujer de Don José Maria de Mosquera y Figueroa, fué Doña Maria Manuela Arboleda, descendiente de los Hurtados de Mendoza, que proceden de los marqueses de Santillana y de los de Cañete, y de los condes de Tendilla; teniendo esta señora relaciones de parentesco con los Carbajales, duques de San Carlos. Y no crea ningun amigo de la igualdad entre los hombres que yo pretendo hacer mas ilustre al arzobispo con los esclarecidos nombres de sus mayores, porque en verdad, no pienso que debe haber un Alvarez de Toledo, ni un Guzman, incluso el Bueno, ni un Hurtado de Mendoza, ni otro noble alguno, que tenga por menor gloria suya la de llevar el mismo apellido que el virtuosísimo arzobispo de Bogotá, despues de haberse hecho mas esclarecido por este, que la que le viene de haber heredado el mismo apellido cuando carecia de este aumento de esplendor. El arzobispo fué uno de aquellos hombres que no necesitaron de las virtudes de sus abuelos para hacer sus nombres eminentemente respetables y célebres en los fastos de la historia. Ningun hecho suyo se encontrará de ménos quilates de bondad que el mas famoso de sus ascendientes; y en vano querriamos poner en paralelo la



lealtad del defensor de Tarifa, que en el siglo décimotercio consintió en ver á su hijo degollado por no salvarle á costa de una traicion, con la otra lealtad del arzobispo Mosquera, que le hizo ofrecerse él mismo al sacrificio en cumplimiento de los deberes que se impuso, conociendo sus riesgos y sin esperar ninguna gratitud de los hombres. El sacrificio de un hijo, aunque sea hecho en obsequio de los intereses de un rei poderoso, es grandísimo, sin duda alguna; pero en cierto modo es inevitable. El padre que se ve forzado á optar entre el sacrificio de un hijo y la infamia de toda su descendencia, prefiere ver al hijo muerto, á verle tan infamado como el mismo padre, y deja morir á aquel por no darle una miserable existencia; pero en el que vá él mismo á ofrecerse como víctima de la iniquidad en beneficio de los ingratos, se ostenta una magnanimidad tan sublime, que no parece de la humana naturaleza. Mas cesaré de hablar de la genealogía del ilustre prelado neo-granadino, porque basta lo dicho para que se venga en conocimiento de la injusticia que dió causa á las calumnias y á la malevolencia de los enemigos gratuitos de aquel venerable varon de conducta incensurable, á quien, no hallando la maledicencia defectos personales que echarle en cara, quiso llamarle aris-



tócrata solo porque fué hijo de padres y nieto de abuelos que se distinguieron por sus heroicos hechos, ó por sus extraordinarios talentos, ó por sus nobles virtudes.

Lo que es bueno y recomienda al hombre en un tiempo, se hace malo y despreciable en otros; porque las modas entran en las ideas como en los vestidos y en las demas cosas que pertenecen á nuestra inconstante especie. Por esto en la época de la extravagante igualdad de los hispano-americanos, se hizo un baldon la ilustre descendencia, teniendo á ménos hacer la igualdad con los mas altos, y prefiriendo hacerla con los mas bajos. Los vascongados y los asturianos quisieron igualarse haciéndose todos nobles; los forajidos fundadores de Roma se hicieron descendientes del piadoso Eneas, y los discretos griegos fueron á buscar á sus abuelos entre los Dioses. Esto era porque entonces los republicanos no tenían á ménos, sino á mas, el ser hijos de algo, ó hidalgos, que es lo mismo, no habiéndose introducido la manía en las repúblicas de que lo mejor era ser hijos de nada ó de nadie, y hasta los demócratas de los Estados Unidos se igualaron todos dándose los hombres, sin distincion de clases, los tratamientos de *mister* y de *gentleman*, asi como el de *lady*



las mujeres. Aquí es tan *gentleman* el jornalero como el propietario descendiente del Lord Baltimore, y tan *lady* la nieta de Washington como su cocinera. En estos Estados se hizo la igualación ascendiendo todos; aquí quisieron ennoblecer la igualdad. En la Nueva Granada, en Venezuela y en el sur de Centro América se hizo al revés: la igualdad convirtió á todos en plebeyos, y se proscribió el *don* como la palabra mas mal sonante que podia haber en la lengua.

Estas eran las ideas políticas con las cuales debia conformarse el arzobispo, y con las cuales se conformó, quitando el *de* de su apellido y el *don* que precedia á su nombre, así como se hubiera conformado con todas las demas cosas nuevas, si algunas de ellas no hubieran pasado de extravagancias á ser absurdos de perniciosas consecuencias. Si á él le hubiera sido dable proceder de oscuros ascendientes, hubiera, sin duda alguna, elegido los mas aceptables á la olocracia de su tiempo, quitando con esto uno de los obstáculos que había de encontrar en el gobierno de su Iglesia; pero esto era imposible, y tenia que conformarse con que fueran las cosas como Dios las dispuso, sin que de nada le sirviese el haber sido toda su familia la que mas sacrificios hizo en

la guerra de la independencia, que trajo por resultado el establecimiento de aquella mal entendida libertad, que debia ser el azote de los buenos. Su padre, don José Maria de Mosquera, fué gobernador y capitan general del Estado de Popayan en los tiempos de las mayores dificultades y de los riesgos mas inminentes, casi al mismo tiempo en que su tio carnal, don Joaquin de Mosquera y Figueroa, era en España Presidente del consejo de Regencia. Entendemos bien que los servicios del tio no podian merecer la aprobacion de los republicanos, aunque hubiesen sido exigidos por la fidelidad; pues estas delicadezas no son jamas apreciadas del comun de las gentes; pero al mismo tiempo debieron observar aquellos Catones modernos que ningun sacrificio hicieron en las aras de su patria, y solo podian aprovecharse de las ofrendas ajenas, que si don Manuel José de Mosquera hubiese deseado ser colocado en buenos obispados, y en un pais en que se respetase mas que en otro alguno la dignidad episcopal, él no hubiera tenido mas trabajo que el de trasladarse á la Península, renunciando á la corona del martirio en cambio de las glorias mundanas, y confiando, como debia confiar, en el grande influjo de su tio y en sus propios méritos y virtudes; pero aquel piadoso varon apostólico no



deseó jamás su propio provecho, ni sus comodidades personales, ni su misma tranquilidad individual, sino contribuir á hacer el bien de aquellos semejantes suyos entre quienes le colocó la Divina Providencia. Aceptó las preocupaciones de su tiempo que eran invencibles; se conformó con ellas en cuanto no eran diametralmente opuestas al evangelio; y tolerando las impertinencias y los extravíos tolerables de la humana inteligencia, quiso trabajar asiduamente en beneficio de sus compatriotas. En consecuencia de esto quitó de su apellido aquella particula *de*, que miraban los demagogos como signo de aristocracia, renunciando al mismo tiempo al uso de los blasones de su familia, para ponerse al nivel de los mas oscuros individuos. En lugar de las cabezas de lobo, en campo de plata, y de las hojas de higuera, en campo de oro, del escudo de armas de los Mosqueras y Figueroas, nuestro campeón de la fé tomó por divisa una cruz en campo azul con el lema siguiente: *Absit gloria nisi in cruce domini nostri Jesuchristi.*

Hé aqui la prueba del caso que hacia el humildísimo siervo de Dios de las distinciones inventadas por el orgullo de los hombres. Así fué como contradijo él mismo aquellas tendencias aristocráticas de que le acusaron sus injustos enemigos. Pero de-



tengámonos un momento á considerar la exactísima profecía que contiene aquel lema del sello del arzobispo. *Solo en la cruz estaba cifrada toda su gloria.* Esto no fué ofrecer lo que dejaria de ser visto por sus coetaneos, porque en efecto, en la cruz y en el martirio le esperaba aquella gloria perdurable que no dejará de acompañar su esclarecido nombre mientras duraren los tiempos.

En aquella vida de mas de medio siglo, en vano quiso hallar la maledicencia hechos que no fuesen los mas dignos de imitarse ; pero lo que hace estos ejemplos mas admirables es que fueron dados en aquellos funestos dias, en que relajados, por efecto de la revolucion, los resortes de la moral y de la fé, no se veian por do quiera, sino crímenes atroces, abominables venganzas y una general malevolencia entre los hombres. La llamada santa libertad por los discípulos de Danton y de Robespierre, degeneró en el acto de ser proclamada, en una completa licencia y en un desenfreno espantoso. La tolerancia religiosa se convirtió en proteccion exclusiva para la incredulidad, y en intolerancia verdadera para la única creencia que hasta entónces habia habido en aquel pais. Todo debia tolerarse ménos el catolicismo. Cualquiera podia dejar de creer lo que quisiera dudar ; pero al católico no se le permitia seguir



creyendo lo que aprendió de sus padres y de sus abuelos. Para aquellos lógicos innovadores solo lo nuevo debía ser cierto y aceptable: lo sancionado por los siglos debía ser falso y reprobado. A las mas absurdas teorías se les hallaba el atractivo de tener en ellas fenómenos nuevos que observar, asi como en las prácticas probadas por centurias de años, no se veia sino caducidad y descrédito. La experiencia de todas las generaciones pasadas era una antigualla, una preocupacion, un absurdo ridículo, mientras la nunca oida doctrina se tenia por una inspiracion reservada á nuestros dias para regenerar con ella la especie humana. El patriotismo era la virtud suprema, en cuyas aras debian sacrificarse todas las demas virtudes, todos los humanos sentimientos, todas las naturales afecciones. Por este sublime amor debian los padres inmolar á sus hijos, los hijos á sus padres, los hermanos á sus hermanos, los amigos á sus amigos, los protegidos á sus protectores y los compatriotas á sus compatriotas; no quedando mas seres vivientes que las bestias, en cuyo obsequio pudiera hacerse tan universal inmolation; si bien no se entendia por amor á la patria el amor á los campos, á las montañas, á los rios, á los lagos y á los pantanos. No podia ser sino á este sublime amor al que se sacrificaba el paternal, el filial, el



fraternal, el de la familia, el de la raza, el de la especie humana, todos los deberes sociales, la gratitud, la humanidad; pero quedaba, sin embargo de esto, la piedad para emplearla en aquel pedazo de costra de tierra en que nacimos, y que llamamos nuestra, aunque no la pisemos sino durante el tiempo que tarda en hacerse poderoso nuestro enemigo personal.

El señor Mosquera conocia mui bien que esto debia ser asi, porque asi ha sido en todos los tiempos, ni podia ser de otra manera en la época en que pasaban los hombres inexpertos del estado de completa sumision al de la mayor libertad imaginable; pero el riesgo que él corria abrazando el sagrado ministerio en que debia combatir los errores y los vicios que infestaban á su patria, no le sirvió de obstáculo, sino de estímulo, para ofrecerse mas pronto al sacrificio; y por esto, habiendo recibido su primera educacion en casa de sus padres, se encerró á la edad de diez y ocho años en el colegio seminario de Popayan, acompañado de su hermano gemelo Don Manuel Maria de Mosquera, en donde estudiaron ambos filosofía, bajo la direccion del doctor Don Pedro Antonio Torres, que es hoi obispo de Cartagena de Indias, y ha sido compañero de su discípulo y metropolitano en las persecuciones, y



en sufrir las calumnias y la expatriacion. En 1820 dejó el colegio seminario de Popayan, y pasó á cursar facultades mayores y ciencias eclesiásticas á la Universidad de Quito, vistiendo la beca de seminarista en el colegio de San Luis. Al año siguiente se ordenó de diácono, habiendo hecho ya tales progresos en sus estudios, que mereció del obispo de Quito, Doctor Santander, las licencias de predicar ántes de hacerse sacerdote. Preciso era para obtener esta gracia, que no solo fuese ya el jóven de 21 años suficientemente instruido para desempeñar aquel ministerio, sino que su virtud estuviese bien acreditada. A la edad de 23 años concluyó sus estudios universitarios, graduándose de doctor en derecho canónico, despues de haber seguido los cursos de teología y de los derechos romano y civil, volviendo á Popayan á recibir las órdenes sacerdotales, que le fueron conferidas el 8 de Diciembre de 1823, cuatro meses y tres dias ántes de cumplir sus veinticuatro años de edad.

De lo expuesto se hace evidente que el Señor Mosquera jamas fué jóven para perder el tiempo, ni para emplearlo en cosa que no contribuyese á habilitarle para el ministerio difícil y delicado á que le llamó su piedad evangélica. Asi fué que á la edad de 25 años desempeñaba ya en Popayan las

funciones de promotor fiscal por nombramiento de aquel obispo diocesano, doctor Don Salvador Jimenez Enciso, y en 1827 se recibió de abogado en el tribunal del departamento del Cauca, con el único objeto de defender los derechos de la Iglesia, habiendo sido por el mismo tiempo uno de los fundadores de la Universidad establecida en aquel departamento de la efímera república de Colombia, de aquella república que tuvo un origen tan célebre, que prometia grandiosas cosas, que no pudo durar ni lo que duró la vida de su fundador, y que se disolvió, como debia disolverse, por el efecto de la exageracion de las doctrinas democráticas y de la impaciencia de los que nada querian esperar del mejoramiento que produce el transcurso de los años.

En 1828, cuando las conmociones políticas de aquel pais lo habian trastornado todo, é iba el Libertador de Colombia á restablecer el orden por medio de la fuerza, fué comisionado el Señor Mosquera por el vecindario de Popayan para salir al encuentro á aquel jefe, y suplicarle que adoptase medidas de clemencia en favor de los trastornadores del orden público. Esta comision tuvo por resultado la amnistía que se concedió á los culpados, de cuya ejecucion fué encargado el coronel



Mosquera, despues general y presidente de la república, hermano del arzobispo, y entónces comandante general del Cáuca. Aquella mision de paz, de fraternidad, de clemencia y de humanidad, no podia dejar de tener los mas felices resultados, siendo el comisionado quien era, hablando por su boca la misma piedad, y saliendo sus consejos de aquella fuente purísima de la verdadera política que consiste en premiar á los buenos y perdonar á los malos. La elocuencia del Señor Mosquera hizo que Bolivar desoyera las instigaciones de los amigos de venganzas que pretendian lisongear el poder del guerrero vencedor, haciéndole concebir la idea de que no hai mejor sistema de mandar que el que se apoya en el terror y en la severidad de los castigos, y le convenció de la eterna verdad de que todo mal produce mal, y de que la clemencia, que no hace ningun desgraciado, debe convertir en amigos á los mismos adversarios. Y aunque el Libertador de Colombia no era un ignorante en la historia general del mundo, y sabia que no siempre fueron la clemencia y la magnanimidad las que aseguraron las vidas de los héroes entre los fanáticos políticos y religiosos, quiso mas bien exponerse á ser víctima, como lo fué, de los ingratos, que á dejar, por culpa suya, de hacer agradecidos; y



este, ya fuese acierto, ya error, del héroe colombiano, no fué producido sino por el efecto de las reflexiones piadosas del Señor Mosquera, que por entónces ahorró á sus compatriotas y á sus mismos enemigos muchas persecuciones y desgracias.

Al año siguiente de estos sucesos obtuvo el Señor Mosquera, por oposicion, la silla de canónigo doctoral de la Iglesia catedral de Popayan, cediendo á las instancias del obispo de aquella diócesis, y fué por el mismo tiempo elegido rector de la Universidad del Cáuca. En este destino hizo cuanto bien era posible á sus compatriotas, ya promoviendo la mejor educacion científica de la juventud, ya facilitando la propagacion de aquellas sanas doctrinas morales, religiosas y políticas, sin cuya observancia no se pueden tener verdaderas garantías para la libertad nacional, ni para la seguridad individual, ni para la conservacion de las propiedades, en ningun pueblo de la tierra, ni bajo ninguna forma de gobierno. Los frutos de estas tareas se tienen hoi bien visibles en muchos de los discípulos de aquel sabio maestro, que son el ornato de Popayan y del Cáuca, los sostenedores del órden público, el dique contra el cual va á chocar la impiedad, y en que los crímenes hallan aquella resistencia que les impide triunfar impunemente.



Si allí se ven jueces rectos, gobernadores equitativos y humanos, clérigos piadosos y ejemplares, hombres, en fin, que hacen el honor y la gloria de su patria, bien se puede decir al ver á cada uno de ellos: este fué discípulo del Señor Mosquera.

La temprana buena fama que supo adquirir este ejemplarísimo eclesiástico por su virtud, sus talentos, y el exacto cumplimiento de sus deberes, hizo que en 1832 le nombrase la Santidad de Gregorio XVI. su prelado doméstico, de cuyas vestiduras no quiso hacer uso, tal vez por no exitar con ellas la envidia y la murmuracion de sus enemigos. Dos años despues el congreso neo-granadino, ejerciendo el patronato de la Iglesia, dirigió al Sumo Pontífice Romano las preces para que se dignase nombrar al Señor Mosquera arzobispo de Bogotá, y en consecuencia de esta presentacion le fueron expedidas las bulas; y se consagró, y recibió el orden episcopal en Popayan el 29 de Junio de 1835. Ahora debemos observar, que tan léjos de haber solicitado este arzobispo ninguno de sus ascensos en la carrera eclesiástica, no hizo en la aceptacion de todos ellos sino ceder á las instancias del obispo Jimenez Enciso, quien siempre que llegaba el caso de hacerle admitir uno nuevo, le decia que era preciso conformarse con el precepto del santo





Apostol, que manda no solicitar ninguna gracia ni dejar de aceptar el mas pesado cargo que se imponga al que debe obedecer. De este modo fué como llegó el arzobispo Mosquera al mas alto grado de la jerarquía eclesiástica, á que se podia llegar en América, sin que nada debiese al favor, sin que ambicionase cosa alguna, y haciendo siempre al deber el sacrificio de su propia voluntad. Si otros llegaron al mismo punto llevados por los estímulos de la soberbia, él no llegó sino arrastrado por su humildad y su obediencia.

Jamas se habia visto en Bogotá un arzobispo tan jóven, pues apenas habia cumplido treinta y cinco años cuando hizo su entrada en aquella capital en medio de los vivas y aplausos de aquel pueblo. Entre las varias demostraciones del júbilo público que se hicieron en aquella ciudad por la eleccion del señor Mosquera, merece particular mencion el gran convite que le dieron aquellos mismos que despues se declararon sus mas encarnizados enemigos. El retrato del arzobispo fué llevado en procesion con una solemnidad y una alegría extraordinarias. El pueblo todo se presentó al frente del palacio arzobispal á victorearle, dándole los nombres mas gloriosos, y todo fué triunfo en aquel dia. Al retirarse la turba victoreante, quedando solo el



arzobispo con el general Santander, que era entonces presidente de la república, dijo este al otro: *este es el domingo de ramos; luego vendrá el viernes santo.* El arzobispo contestó: *la entrada en Jerusalem no debía ser parecida á la subida al monte calbario.* Y en efecto, si hubiesen sido iguales los dos sucesos ¿qué contraste nos presentarían el *hosanna* del domingo, y el *sea crucificado* del viernes? Pero, fuera de esto, no es preciso ir á buscar en los fastos sagrados los hechos que prueban la versatilidad, la inconstancia y la inconsecuencia de los pueblos: la historia profana está plagada de ellos: en un dia se hace á uno el ídolo de la multitud, y en otro dia aquel ídolo se quema en las aras de otro nuevo, que tampoco dura mucho. Por esto hemos visto tantos hombres en nuestros dias que han prodido exclamar en la hora del suplicio como el virtuoso y sabio Bailly: *no ha mucho tiempo que era yo el ídolo del pueblo.* Pero, por fortuna del género humanos, y para consuelo del mismo, hai un pueblo que está libre de cometer estas inconsecuencias con respecto á ciertos individuos; hai un pueblo en que no se hallan ingratos ni perversos; hai un pueblo en que no se oye la voz de la maledicencia, y en que todos hacen justicia al verdadero mérito. Este



buen pueblo, virtuoso y benevolente, lo he hallado yo por todas partes. El es el mismo pueblo malo y corrompido en ciertas épocas, que se extravía por algun tiempo, que pierde el uso de la razon por las seducciones de pocos perversos, y que vuelve á su estado de bondad característica pasada la crisis de su enfermedad moral. Todos los pueblos estan sujetos, así al azote de las pestes políticas, como al de las de la otra clase que conocemos. Miéntras la peste dura, las víctimas de ella deben conformarse con su suerte, y perecerán, hagan lo que hiciesen; porque no hai pestilencia que deje de producir sus precisos resultados. Así veremos que el buen pueblo, que se gloriará de haber tenido en el señor Mosquera un compatriota tan eminentemente respetable, será el mismo pueblo neo-granadino; y no habrá en él un solo individuo que deje de hacer justicia á las heroicas virtudes del mártir arzobispo, cuando estén ya olvidados los oscuros nombres de los malos clérigos, de los inícuos legisladores, de los corrompidos jueces, y de los impíos gobernantes que lo persiguieron con una crueldad de canibales.

En los tres años que precedieron á la elevacion del Señor Mosquera al episcopado, dedicó aquel buen patriota algunos ratos á escribir en los periód-



dicos artículos sobre la política, con el objeto de calmar las agitaciones populares y difundir aquellas buenas doctrinas que se necesitaba generalizar para dar consistencia al imperio de las leyes; pero, como esta tarea no podía ser de ningún provecho, sino de inmenso daño para los intereses de los perturbadores, estos acusaron desde entónces al verdadero apóstol de paz, de mezclarse en la política en vez de atender exclusivamente á las funciones del sacerdocio. Así pudieron acusar los fariseos á Jesus de mezclarse en materias de gobierno, cuando dijo á aquellos hipócritas que *diesen al Cesar lo que era del Cesar, y á Dios lo que es de Dios*, y así pudieron también los malos cristianos acusar á los apóstoles de meterse á cortesanos predicando la sumisión á las autoridades constituidas. ¿Cuál es la buena acción que no pueda ser mal interpretada por la maledicencia?

Halló el arzobispo que las rentas de la Iglesia habían pasado á ser del Estado, por uno de aquellos juegos de manos políticos ó legislativos, que suelen hacerse en los pueblos cuando no hai en estos una idea mui ventajosa del derecho de propiedad. Su antecesor había percibido algunos años hasta treinta mil pesos de lo que le correspondía del producto de los diezmos, y en ningún año recibió ménos de



veinte mil; pero, como en la administracion del general Santander se despojó á la Iglesia de la administracion y de la propiedad de sus bienes, por el nuevo principio de que el gobierno es omnipotente, y puede hacer cuando quiera que los propiedades muden de dueño, se vió el Señor Mosquera en la necesidad de hacer presente que no era posible sostener el culto en el estado de indigencia en que se veia la mitra, siendo asi que de las rentas de esta debian salir los gastos que aquel exijía. En consecuencia de esto, el congreso tuvo que ostentar su soberana munificencia señalando al arzobispo la cantidad de ocho mil pesos, que no valian fuera del pais mas que seis mil y cuatrocientos. Con estos habian de ser pagados los gastos del episcopado y los de la curia; y lo peor de todo fué, que ni aun esta miserable suma se pagaba con la exactitud y la oportunidad convenientes; de lo que resultó que el Señor Mosquera consumió, dentro de mui pocos meses, la pequeña parte que se reservó de su patrimonio, cuando hizo cesion de él á sus hermanos, al tiempo de aceptar el arzobispado. Fué por esta razon el arzobispo, no diré el ménos bien dotado, sino el mas indigente que yo conocí desde Mégico hasta Chuquisaca. Escusado es decir que no tuvo coche, y que anduvo siempre



á pie en Bogotá, para ser hasta en esto parecido á San Pedro y á San Pablo. Las cuartas episcopales, que le correspondian, no fueron cobradas por él, y de los derechos de arancel de su secretaría, que redujo á mui poca cosa, jamas entró nada en su poder. Aquel pastor no era de los que tienen ovejas para esquilmarlas, sino de los mui raros que hai, que cuidan de su rebaño por el placer solo de verlo progresar.

El palacio arzobispal, ó mas bien diré, la morada humilde y modesta del Señor Mosquera en Bogotá, no infundia respeto por sus muebles, ni por el número de los familiares y de los domésticos, sino por el solemne recogimiento y la absoluta carencia de todo fausto; hallando siempre en el fondo de un salon, mui poco iluminado, un santo solitario anacoreta, que vivia en medio de una corte; pero no un anacoreta misántropo, de severo semblante, ni afectando rigidez en sus costumbres, sino un hombre extremadamente amable y jovial, que hablaba sobre cualquier materia que se ofreciese, con aquella franqueza y con aquella facilidad de que solo pueden usar los que dicen lo que sienten, y no quieren pasar por oráculos entre los ignorantes. No tratándose de dogma, ni de cosas relativas á la fé, jamas decia: *esto es así*; sino, *á mi me parece*



*esto* ú lo otro, por tal ó cual razon; y oia las opiniones ajenas, sin dejarse dominar de la pasion á las suyas. Su mesa no era la de aquel que quiere vivir para tener el placer de comer deliciosos manjares y de beber vinos esquisitos, sino la del que come y bebe solo para vivir, y la del hombre benéfico que se impone privaciones de comodidades para ocurrir con sus ahorros al alivio de las necesidades de sus semejantes. Muchas veces estos ahorros sirvieron para favorecer á sus mismos enemigos, á sus mas crueles calumniadores, de quienes bien pudiera yo citar los nombres si esto sirviese de algun provecho; pero escribiendo la vida de un piadoso varon, en quien fué la caridad su virtud mas resplandeciente, no debo tener la crueldad de infamar aquellos apellidos que pueden ya pertenecer á hombres enmendados, ó á descendientes de estos, ó á relacionados con ellos. Hablemos, pues, de los hechos, y olvidémonos de los nombres de las personas, si no ha de ser para elogiarlas. Yo sé bien que el arzobispo en donde está, recibe un gran placer no hallando en el elogio de sus virtudes el nombre de ninguno de sus perseguidores.

Para dar una idea exacta de la bondad de aquel grande hombre, referiré el siguiente hecho, que me ha sido comunicado por uno de los que fueron sus



familiares. Despues de haberse descubierto la horrible trama de una gavilla de malvados, entre los cuales habia algunos perversos sacerdotes, que querian hacer aparecer al arzobispo como un licenciado, con cuyo objeto fué sobornada una miserable criatura, segun ella misma lo declaró mas adelante, fué uno de los promotores de la calumnia á pedir perdon á aquel prelado de lo que habia hecho, ofreciéndole descubrir los principales autores del infernal proyecto y todos los que habian tomado parte en él. El arzobispo le contestó que ya le habia perdonado, sin saber que él fuese uno de sus enemigos, pues todos lo habian sido desde el momento en que él tuvo que perdonar; pero que habia en la conducta suya, en aquel instante, un pecado que no era el arzobispo quien podia perdonarlo; y que este pecado era la falta de caridad que mostraba con sus cómplices, queriendo descubrirlos sin ninguna necesidad, exponiéndolos á ser castigados por la justicia de los hombres, que nada participa de la divina misericordia; que guardase su secreto de todo el mundo, y que á nadie ménos que al mismo calumniado debia descubrirlo: que habia verdades contra el prójimo que no debian decirse sino en tela de juicio, siendo el sabedor de ellas compelido á declararlas por la





autoridad competente. Si no se vé aquí toda la clemencia, toda la benignidad, toda la grandeza de alma, de que es capaz un mortal que pretende asemejarse á un angel, esento de toda pasion humana, yo no sé con qué otro ejemplo se puede hacer igual ostentacion. Pero esta dulzura de carácter, que debió hacer que no hubiese un enemigo de aquel hombre entre los que le conocieron, no impidió que dos años ántes de haber sido desterrado, se hubiese presentado un hijo de los principales calumniadores de aquel prelado, diciendo en la *sociedad republicana* de Bogotá, que si faltaba verdugo para *quitar la vida al hombre vestido de morado*, él se gloriaría de ser el ejecutor; y diremos ahora que no heredan los hijos la nobleza y la ruindad de sus padres! ¿ Pero cómo no se han de heredar asi las virtudes como los vicios, cuando los hombres somos formados por los ejemplos que tenemos á la vista incesantemente?

Uno de los reclamos que tuvo que hacer del gobierno el arzobispo, fué el de que se le devolviese la direccion y la administracion de las rentas del colegio seminario que correspondia á la mitra, pues aquel establecimiento, fundado y sostenido con los bienes de la Iglesia, solo debia dedicarse á la instruccion de los que siguiesen la carrera ecle-



siástica; pero los nuevos gobiernos habian hallado el secreto de hacer mudar de naturaleza á todas las cosas, y cada uno de los que se iban sucediendo, queria distinguirse de los otros en los progresos que proporcionase á la reforma de todo lo que habia habido, sin hallar el menor inconveniente en causar un trastorno general y una confusion solo comparable á la del caos primitivo. Por tanto, el seminario, establecido para que se enseñasen en él ciencias eclesiásticas, se convirtió en colegio de medicina, de jurisprudencia, de matemáticas, de socialismo, y de todo lo demas de que no tenian una urgente necesidad los sacerdotes; y se habia hecho esta reforma con tan firme voluntad de los reformadores, que no costó poco trabajo al Señor Mosquera hacer retrogradar á los progresistas hasta el punto en que estaban las cosas cuando comenzaron á ser lo que debian. Al cabo de seis años, gastados en reclamaciones, volvió el seminario á ser lo que habia sido, y gracias á que en aquella época, en 1840, era presidente de la Nueva Granada el Señor Márquez, que no era enemigo del clero, ni de la Iglesia, ni de la justicia, y que por consiguiente debia procurar que se diese á cada cual lo que era suyo, hallando en el congreso las buenas disposiciones que no podian dejar de tener



legisladores elegidos entre lo mejor de la república. Pero en 1852 se volvió á quitar el seminario al arzobispo despues de haberlo convertido en cuartel de soldados.

Otro que no hubiese sido el contemplativo, el prudentísimo, el mansísimo Señor Mosquera, pudo con sobrada razon haber dicho á los ladrones de los bienes de la Iglesia, que aquellos bienes no podian mudar de dueño en manera alguna, segun la opinion misma de los que jamas creyeron en Jesucristo, ni prestaron ninguna fé al evangelio; y que por eso el rei moro de Granada, el célebre Benahatin, desaprobó en términos mui severos á Don Pedro El Cruel, el haberse apoderado de los bienes de las iglesias y de las casas de oracion, como lo hallamos largamente referido por el ilustre cronista Don Pedro Lopez de Ayala, contemporáneo de ambos reyes, y mui favorecido del de Castilla. Pero habiamos de ver en el siglo XIX católicos, para los cuales los bienes eclesiásticos fuesen ménos sagrados que para los moros de cinco siglos mas atras; y no se diga que aquel mahometano era inspirado por un sentimiento religioso: no; porque le bastaba ser equitativo para aborrecer la injusticia, y para encontrar que en ningun caso, y bajo ningun pretexto, puede el hombre



mas autorizado de la tierra tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Para respetar este principio no es necesario ser católico, ni ser cristiano; porque respetado ha sido en todos los tiempos por los judios, por los musulmanes, y por los mismos idólatras. El robo es robo aun entre los salvajes que se despojan unos á otros de lo que adquieren con su industria y su trabajo; y el robo no puede dejar de serlo porque lo mande ejecutar un rei despótico en una monarquía, ni porque lo haga lei un congreso de locos y de inícuos en una república democrática. Pero lo que hai mas que admirar en la conducta de los gobernantes y de los legisladores de aquella tierra, en la época á que me refiero, es que aquellos hombres no pudieron ser seducidos por los escritos de los socialistas y comunistas franceses; porque estos escritores no publicaron sus delirios sino algun tiempo despues de haberlos puesto en práctica los trastornadores de la sociedad en la Nueva Granada. Ni se dirá que estos tomaron sus comunistas ideas de los libros de Platon; porque ellos no pecaron de exceso, sino de defecto, en sus estudios; y es un hecho bien averiguado, que bien puede ocurrir en la ignorancia el mismo extravío que se padece en la ciencia, sin que sea necesario



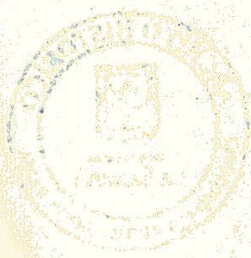
conocer ni de nombre á los sabios que se extraviaron.

Por estas causas halló su Iglesia el arzobispo Mosquera en un estado de pobreza lamentable. El tenia que hacer valer los derechos de esta, contra hombres que tenian el poder, y que lo ejercian á su antojo, creyendo que podian hacer leyes contrarias á los principios de la justicia universal, respetados por todas las naciones civilizadas. Era preciso que el prudentísimo prelado se condujese de manera, que sin irritar aquella extravagante antisocial omnipotencia, consiguiera de ella misma, por medio del ruego, alguna parte del todo que habia derecho á exigir de rigurosa justicia; y si en efecto se consiguió que el culto no se acabase por falta de medios con qué sostenerlo, fué debido esto á la mansedumbre, á la consumada prudencia y al esquisito tacto del arzobispo. Pero si esto se dice en bien pocas palabras, no fué cosa que se logró recabar sino con harto trabajo, dando muchos pasos para vencer los obstáculos que oponian tan contrarios intereses; de modo que podemos creer sin miedo de engañarnos, que este solo negocio era bastante para ocupar todo el tiempo de una persona laboriosa. Mas á pesar de esto, aquel infatigable varon atendió cumplidísimamente á todos



sus demas deberes. No solo visitó toda su vasta arquidiócesis, para ver por sus propios ojos si estaban bien administrados los curatos; ni solo se contentó con corregir los abusos que se habian introducido por las revueltas de los tiempos, sino que arregló convenientemente los negocios de las órdenes regulares y de los monasterios de monjas; reorganizó el seminario para que se formasen en él ministros dignos del culto, ejemplos de moral y de virtud; acudió á la defensa de todos los derechos de la Iglesia en las frecuentes ocasiones que fué necesario, y halló en su maravillosa laboriosidad tiempo bastante para emplearlo en el púlpito y en escribir varios tratados sobre materias eclesiásticas, sin dejar de invertir algunas horas en la promocion de cuanto podia ser favorable á la educacion de la juventud en general y al alivio del pueblo; no habiendo tenido poca parte en el establecimiento de las cajas de ahorros, que tan benéficas han sido á las clases industriosas.

Empero, los triunfos del arzobispo no podian ménos de irritar mas y mas á los enemigos, que no lo eran de él, tanto como de las cosas que defendia, y aunque estos triunfos le aumentaron el número de sus admiradores, no por eso era mas inviolable su persona. Estos admiradores no podian ser sino los



buenos, y los buenos son generalmente inactivos y pacientes, mientras los malos son activísimos é incansables en sus diabólicas tareas. Estos gritaron contra la mezquindad del prelado que preferia la educacion de los clérigos á la enseñanza de los médicos, diciendo que para *hacer un hombre de misa* bastaba enseñarle un poco de latin; que era una falta de caridad impedir que se leyesen cátedras de medicina en el colégio seminario, estando todo el pueblo interesado en la conservacion de su salud. Otros ménos hipócritas, ó mejor diré, mas francos se lamentaban de que consiguiendo el arzobispo hacer sabio, moral y virtuoso á su clero, ya no era posible infatuar á la multitud declamando contra la ignorancia, la inmoralidad y los vicios de los clérigos. El interes de los unos políticos, asi como el de los otros, estaba en hacer posible el desquicio del catolicismo por medio del desprecio que concibiese el pueblo por los sacerdotes; y á la verdad, que si no era piadoso el intento, no por eso fué mal escogitado el arbitrio. A pesar de todo esto, triunfó la verdadera piedad de la falsa filantropía, y hubo mui buenos médicos, y mui buenos jurisconsultos despues de separado el seminario de los otros colegios, sin que fuera necesario que dejase de haber buenos clérigos para que se enseñasen en aquella re-



pública todas las ciencias y las artes conocidas en el mundo, no habiendo sido en ninguna parte costeadas por la Iglesia; mas, como queda dicho, estos triunfos de la justicia, hicieron que la animadversion contra el arzobispo fuese mas grande; y debia ser asi, porque cuando el injusto no sale triunfante, su rencor, su ira, su venganza no reconocen límites, y le llevan á cometer los mas grandes atentados.

El influjo de la virtud del arzobispo sobre el clero y sobre la generalidad de los fieles era tan temible para los reformadores del evangelio, cuando por desgracia de la nacion tenian estos la mayoria en el congreso, que no fué posible conseguir, sino despues de mucho tiempo, el pase á las bulas pontificias, por las cuales se nombró al mismo prelado vicario general de las órdenes regulares. Decian los demagogos que esto era dar á un hombre un poder inmenso en todos los directores de las conciencias del pueblo, y que valia mas que los frailes se acabasen por efecto de su relajacion, ó de cualquier otro modo, que aceptar aquella medida calculada para hacer duraderas aquellas religiones. Con todo esto, se obtuvo al fin el pase de las bulas, y las comunidades religiosas fueron gobernadas conforme á sus respectivas constituciones,





sin causar ningun escándalo, y con sumo provecho del culto, de la moral y de la pública edificación.

El Señor Mosquera ciertamente no necesitaba de cargos que no habian tenido los otros arzobispos sus antecesores, cuando aquellos en mas felices tiempos para sus Iglesias se hallaban gozando de todas las facilidades que les daba su alta dignidad y el respeto de las demas autoridades para cumplir con su ministerio; y aunque fuese bien urgente establecer la vicaría general de las órdenes regulares en la Nueva Granada desde que estas se hallaron incomunicadas con sus superiores respectivos residentes en Europa, no fué el arzobispo quien solicitó, sino el mismo gobierno neo-granadino, que se le diese á aquel prelado el encargo referido. El Señor Mosquera tenia demasiado en qué entender para ocupar todo su tiempo en lo que era puramente de la incumbencia del arzobispado, que jamas, hasta entónces, habia estado en situacion mas desventajosa; porque, como he dicho, la autoridad política se habia usurpado las rentas de la Iglesia; esta estaba empobrecida cuanto podia empobrecerse; el pastor carecia de los medios suficientes para cuidar de su rebaño, y teniendo que luchar con un poder administrado por manos enemigas, era preciso que al fin cediese la humanidad



á despecho del espíritu, y que este con el excesivo trabajo del cuerpo padeciese las angustias y las tribulaciones que debian conducirlo á la eternidad.

Llegó el año de 1851, en que un corazon como el del Señor Mosquera no podia ménos de ser despedazado con el espectáculo de horror que presentaba su pais natal y todo el departamento del Cáuca, convertido en el teatro de las abominaciones mas grandes, comparable solo con el que llenó de miedo al mundo en la época de los sans-culotes de Francia. Asesinatos, saqueos, vapulaciones, estupro, allanamientos del hogar doméstico, destruccion de propiedades, incendios, atrocidades de toda especie, que no solo se toleraban por las autoridades civiles, sino que se mandaban cometer por las mismas, hicieron de aquellos infelices pueblos unos rediles de miserables ovejas ocupados por rabiosos lobos, sin que hubiese pastores que los defendiesen. Este fué el triunfo final del partido de socialistas y de comunistas, mas conocido en la Nueva Granada con el nombre de *partido rojo*, al cual pertenecian el presidente de la república, los secretarios de Estado, la gran mayoría de los senadores y de los representantes, los gobernadores de las provincias, los jueces casi en su totalidad, y los jefes y los oficiales del ejército. Natural era, pues,



que un varon tan piadoso y tan humano, que un patriota tan sensible á los males de su patria como el Señor Mosquera, ya agobiado de enfermedades, no dejara de recibir un aumento de postracion que pusiera su vida en el mayor peligro.

En este estado se hallaba aquel venerable personaje cuando el gobierno neo-granadino, en uso de su soñada omnipotencia, pretendió obligar á aquel santo prelado á convocar á concurso para la provision de curatos, ingiriéndose asi la autoridad civil en materias de jurisdiccion eclesiástica. A esto era imposible que accediese un obispo católico sin dejar de hacerse indigno de su ministerio, consintiendo en que este se volviese un instrumento de la política mundana; porque aquella medida no tenia otro objeto que el de que se proveyesen los mas delicados cargos de la Iglesia en los clérigos ménos idóneos, partidarios de los gobernantes. Tal fué la mira que se tuvo en la lei de 27 de mayo de 1851, por la cual las cámaras legislativas transfirieron á los cabildos parroquiales, compuestos de puros legos, el derecho atribuido erróneamente al presidente de la república para hacer el nombramiento de párrocos. Nada habian dejado de hacer aquellos reformadores de la moral, de la religion, de la justicia y de la política para causar el tras-



torno mas completo en todas las cosas. Ningun acto de violento despojo, ni de iniquidad, se omitieron para dar á conocer que tanto la legislatura, como el poder ejecutivo, estaban empeñados en destruir el catolicismo. Se expulsó á los jesuitas, que habian sido llamados por la misma autoridad nacional, y fueron expulsados sin formales causa, sin hacerles cargo alguno, sin juzgarlos, sin oirlos y sin decir mas contra ellos sino que no convenia su permanencia en la república. Y esto se hacia en el tiempo en que los legisladores y los gobernantes y las sociedades democráticas, compuestas de energúmenos, que se daban el nombre de liberales, blasonaban de tolerantes, y pretendian establecer la tolerancia de todos los cultos inventados y por inventar. Ya no era, pues, de ningun modo posible dejar de resistir decidida y firmemente aquellas invasiones del poder mas monstruoso conocido, sin hacerse cómplice de sus iniquidades. Desconoció en consecuencia de esto aquel santo prelado, como debia hacerlo, la autoridad del gobierno para alterar la disciplina de la Iglesia y para derogar los sagrados cánones, reconocidos en todo el mundo católico como las leyes eclesiásticas, á que deben estar sometidos los ministros del culto apostólico romano. Este desconocimiento causó la acusacion



del arzobispo, que hizo la cámara de diputados ante el senado, y la consecuencia de esta acusacion fué intimar al venerable pastor su destierro de la república.

Hubiera salido de ella moribundo, si el ministro de Francia en Bogotá no se hubiese interesado con el presidente de la nación para que no se obligase á aquel respetable príncipe de la iglesia á emprender su viaje hasta que estuviese mas convalecido. Entre tanto se realizaba esta convalecencia, se ocupaban los senadores, los diputados y los gobernantes en hacer creer á los tontos que la conducta del Señor Mosquera debía necesariamente ser condenada por el Papa, pues en toda ella no habia consultado el arzobispo sino á su propio orgullo, á su capricho y á sus intereses personales. Bien sabian estos que debía verse dentro de pocos dias todo lo contrario; pero el objeto que se propusieron divulgando estas especies, era solo el de mantener en expectativa al pueblo miéntras la víctima de su encono moría en el camino de la expatriacion. Dios no quiso que asi fuese, pues casi al mismo tiempo que llegaba el virtuoso é ilustre proscrito á Nueva York, recibió en esta ciudad la alocucion de su Santidad Pio IX en el consistorio secreto de 27 de setiembre de 1852, en que aprueba toda la



conducta del venerable prelado, colmándole de elogios y dándole todos aquellos gloriosos epítetos que no hemos visto jamás dados por un Papa á un obispo viviente. Allí vemos en boca del vicario de Jesucristo las tiernas expresiones siguientes: *nuestro venerable hermano Manuel, vigilantísimo arzobispo, varon digno de la honra de nuestros elogios, eminente prelado, que sobresale por sus singulares piedad, doctria, prudencia y consejo.* Allí hallamos encarecidos *el celo apostólico, la sabiduria y la fortaleza con que resistió las leyes impías y defendió denodadamente la causa de Dios y de la Iglesia aquel esclarecido prelado.* Allí está aprobada la resistencia hecha á la iniquidad de las órdenes del gobierno neo-granadino por *aquel religiosísimo y doctísimo prelado, egregio y valeroso defensor de la causa católica y de los derechos de la Iglesia.* Allí, en fin, se elogia á todos los demás obispos de la Nueva Granada porque *siguieron las ilustres huellas del Metropolitano, con grandísima honra de ellos mismos.*

Luego que llegó a Nueva York el piadoso pros crito se reunió una junta del clero católico, presidida por el ilustrísimo Señor Hughes, arzobispo de esta iglesia metropolitana, á que concurrieron los mas notables personajes de la misma comunión,

con el fin de manifestar al Señor Mosquera sus sentimientos de respeto y admiracion; y creo que no deben quedar sin mencionarse aquí aquellos pasajes del acta extendida en aquella reunion, que tanto honran la memoria del Señor Mosquera, como á los apreciadores de los hechos gloriosos del prelado neo-granadino; la cual acta fué enviada á este señor por medio de una diputacion nombrada al efecto.

El arzobispo de Nueva York hablando en la junta de la llegada del Señor Mosquera á esta ciudad dijo: "Escusado seria decirnos que se halla  
" actualmente en la ciudad de Nueva York un dis-  
" tinguido prelado, cuyo nombre será puesto de  
" hoi en adelante en el mismo catálogo que se  
" hallan el del grande Atanasio de Alejandría, el del  
" elocuente Crisóstomo de Constantinopla, los de los  
" ilustres Papas que en diversos tiempos fueron per-  
" seguidos y desterrados por la fé, el del noble már-  
" tir de Cantórbery Tomas Becket, el del gran Von  
" Vischering antiguo arzobispo de Colonia, los de los  
" actuales arzobispos de Turin y de Cagliari, todos  
" los cuales padecieron el martirio ó el destierro por  
" aquella misma causa que hacia preguntar á los  
" apóstoles, cuando apelaban de las decisiones de  
" tribunales humanos, si era justo que ellos obede-



"ciesen á los hombres mas bien que á Dios." Hablando luego del destierro del arzobispo de Bogotá dice: "¿Y cuál es la causa de su destierro?" "¿Por qué se ha expulsado á un hijo del país, perteneciente á una de las familias mas distinguidas y patriotas de su tierra natal? ¿Por ventura habia fomentado algun rebelion contra las autoridades civiles? ¿habia organizado algun insurreccion ó revuelta contra las leyes patrias?" "No; ningun cargo semejante se ha formado contra él. Pues bien; lo que sus enemigos llaman el crimen de él, y que nosotros y todos los católicos del universo miramos como su gloria, es haber rehusado trasladar á manos seculares la autoridad divina de que se hallaba investido para gobernar en sus relaciones espirituales á la Iglesia y al pueblo de Dios." En otra parte hace el arzobispo Hughes la comparacion siguiente entre el estado de los católicos en esta república y el de los de la Nueva Granada. "A la verdad, no es posible poner en paralelo la condicion social de los Estados Unidos y la de la Nueva Granada al tiempo en que respectivamente formaron sus constituciones. Pero si habia alguna diferencia, ella debió hacer que el gobierno neo-granadino desde que se constituyó independiente fuese favo-





“ rable á la religion de todo el pueblo de aquel  
 “ pais. Y sin embargo, extraño es decirlo, en estos  
 “ Estados Unidos, en donde los católicos apenas  
 “ llegan á la décima parte de la poblacion, gozan  
 “ ellos de mas perfecta libertad en el ejercicio de  
 “ su religion, tanto de parte de las autoridades  
 “ legislativa, judicial y ejecutiva, como de parte  
 “ de los funcionarios mismos del gobierno, sea cual  
 “ fuese su creencia, que aquella que conceden á los  
 “ de su propia religion los gobernantes de la Nueva  
 “ Granada.

La extrañeza del ilustrísimo Señor Hughes no ha nacido sino de no haber podido observar bien que en estos Estados Unidos hai verdadera tolerancia, porque hai hombres que creen en alguna cosa y todos estan interesados en que se les deje creer lo que quieren, cuando en la Nueva Granada el partido dominante por su feroz audacia, no tiene otra creencia que la del infinito poder de la temeridad. *Audaces fortuna juvat*, es el principio religioso, el principio moral y el principio político de aquellos arrojados, que hasta ahora, por desgracia de los pueblos, han tenido la fortuna de triunfar.

A la conclusion del discurso llama el Señor Hughes al arzobispo proscrito de Bogotá: el primer noble confesor del continente americano, á quien el



*poder de este mundo ha despedido, arrojándolo al destierro y á la muerte.* Por desgracia no ha sido así. El primer desterrado y muerto en el destierro, fué el Señor Casaus, arzobispo de Guatemala, víctima de un partido tan injusto y tan temerario como el de los rojos de la Nueva Granada; y este destierro se verificó en el año 1829. El segundo fué el Señor Méndez, arzobispo de Carácas, que murió en Villeta, á doce leguas de Bogotá, el año de 1839, asistido por el Señor Mosquera con todas aquellas demostraciones de consideracion, y con toda aquella esquisita hospitalidad, que eran de esperarse del noble metropolitano neo-grandiniano, y que merecia el dignísimo venezolano.

Las resoluciones tomadas por la junta católica de Nueva York fueron las siguientes: "1a. Que se suplique al ilustrísimo señor arzobispo de Bogotá se sirva aceptar de nuestras manos un pequeño obsequio que le recuerde nuestro profundo respeto y admiracion por su eminente ejemplo y sus virtudes." (*Este obsequio fué un anillo de oro, guarnecido de piedras preciosas, con un rubi de gran valor en el centro.*) "2a. Que dos de nuestros miembros sean diputados para llevar y presentar al señor arzobispo Mosquera el precedente informe y estas resoluciones." "3a. Que se le manifieste el deseo



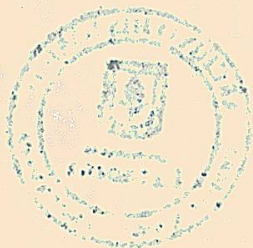
que tiene el clero de Nueva York de ofrecerle en cuerpo sus respetos y de recibir cada uno de nosotros de sus manos la bendición episcopal, cuando su salud y su propia comodidad lo permitan." "4a. Que se nombre una comisión de dos individuos del Estado secular para que acompañe á la comisión del clero, que ha de presentar el informe y las resoluciones anteriores al mui reverendo arzobispo Mosquera, y pedirle que se sirva señalar, cuando lo tenga por conveniente, un dia en que los católicos en general, puedan tener la oportunidad de ofrecer sus respetos personalmente á su señoría ilustrísima.

El Señor Mosquera no podia ménos de hallar un inefable consuelo en sus circunstancias, viendo su conducta aprobada y aplaudida del modo mas solemne por la cabeza de la Iglesia y por los católicos de la mas grande, mas libre y mas sabia de las repúblicas del mundo. Un ambicioso de gloria, un hombre que hubiese aspirado á hacer su nombre famoso y venerable entre sus coetaneos y sus sucesores, ya no tenia que esperar en éste valle de lágrimas y de miserias; pero aun le faltaba que recibir á su llegada á Francia otros testimonios del aprecio y de la benevolencia del sumo Pontífice, de las potestades de la Iglesia Galicana, del arzobispo, coro y autoridades políticas y civiles de la



república de Chile, que desde la otra extremidad de la América le enviaron á manifestar sus religiosas simpatías, su respeto y su admiracion. No tenia que caminar sino cuatro dias para ser recibido en Roma, en aquella metrópoli del orbe católico, con las muestras del *particular amor* que le profesaba su Santidad y del *alto grado de estimacion* en que le tenia *por su admirable valor en defender la causa de la Iglesia, en sostener sus derechos y en desempeñar el cargo episcopal*, segun dijo el mismo Santo Padre en carta de 7 de abril de 1853, dirigida á Paris y publicada en el Universo de 18 de junio de aquel año.

La postracion en que se hallaban las fuerzas físicas del ilustre doliente desde que salió de su diócesis, creció en el largo viage que tuvo que emprender, y no le fué posible llegar mas que hasta Marsella, en donde la Divina Providencia habia dispuesto que el dignísimo obispo de aquella ciudad, Monseñor de Mazenod, tuviese la ocasion de ostentar su noble munificencia haciendo al arzobispo de Bogotá las mas pomposas exequias, tan dignas del magnífico prelado francés como del esclarecido personage á quien se hicieron. Notaremos solamente en este lugar que la muerte del Señor Mosquera ocurrió en el dia del aniversario de la muerte de otro español



confesor de la fé, San Dámaso Papa, que fué perseguido por los arrianos en el siglo IV; pero aquellos arrianos no pudieron hacer perecer al Santo Papa en el destierro, como pudieron hacerlo los socialistas y comunistas con el otro confesor de la fé, arrojado de su Iglesia á mediados del siglo XIX.

En fin, cesaron las persecuciones, los trabajos, los padecimientos del prelado mas injustamente perseguido, del mas benemérito de los ciudadanos de la Nueva Granada, del hombre mas generoso, mas amable, mas benéfico, mas noble, mas digno de respeto y de admiracion. Ya no tiene que padecer: ya solo tiene que gozar de la inmarcesible gloria que supo adquirir con su virtuosa edificante vida. El dejó el mundo que no merecia tenerle, y el mundo perdió en él un tesoro inestimable. La gloria de este grande hombre será reconocida por los fieles y los infieles; porque no hai creencia, no hai secta alguna que rehuse su respeto, su admiracion y su amor al hombre benéfico que deramó sus beneficios sobre todos sus semejantes, y que no supo hacer daño ni á sus mismos enemigos.





# APÉNDICE.

ESTANDO ya imprimiéndose la breve noticia de la vida del Señor Mosquera, que antecede, han llegado de Francia á Nueva York los documentos siguientes.

*Copia de la carta suscrita por Monseñor el Obispo de Marsella á su Santidad Pio IX. con motivo de la muerte de Monseñor Manuel José de Mosquera, Arzobispo de Santa Fé de Bogotá.*

Beatísimo Padre.

Monseñor el Arzobispo de Bogotá llegó á Marsella cuatro dias há, bastante enfermo, y ha pasado á mejor vida esta mañana á las ocho.

En atencion á las circunstancias de su Diócesis he creido de mi deber participar inmediatamente á Vuestra Santidad esta desgracia. Ayer por la tarde visité á aquel buen Prelado, y me retiré poco contento de su estado, no obstante que él se lisongeaba de seguir su viage hasta Roma, en donde, sin duda, tenia muchas cosas que decir á Vuestra Santidad. Dios ha dispuesto las cosas para premiar mas pronto al Santo Confesor de la Fé.

Yo me he visto obligado hoi á trasladarme á Tolon, á pocas millas de Marsella, para verme con Monseñor el Obispo de Frejus, que pasa á Hyeres á solemnizar la fiesta de los Ingleses, como se lo habia prometido á Lord Shewsbury, y desde Tolon escribo á Vuestra Santidad: pero antes de dejar á Marsella esta mañana, he dado las órdenes



convenientes para que le sean hechos al Santo Arzobispo todos los honores debidos á su carácter y á su mérito. Pasado mañana estaré de regreso en Marsella, y yo mismo haré el pontifical en sus exequias. Su cuerpo será despues colocado en una capilla de mi catedral, hasta tanto que sea decidido si deba transportarse á su diócesis. Nada omitiré para hacer conocer á mis diocesanos el valor de un Obispo que sufrió por la fé una persecucion que le ha reducido á morir de angustia y de dolor.

Postrado á los pies de Vuestra Santidad imploro humildemente su paternal y apostólica bendicion, y me suscribo

De Vuestra Beatitud

Su humildísimo y devotísimo

C. J. EUGENIO, † Obispo de Marsella.

Tolon á 1o de Diciembre de 1853.

Traducida del italiano.

---

*Diócesis de Marsella.*

El año de mil ochocientos cincuenta y tres, y el Juéves décimo quinto dia de Diciembre, á las dos horas de la tarde, Monseñor Carlos José Eugenio de Mazenod, Obispo de Marsella, condecorado con el Palio, Comendador de la orden religiosa y militar de los Santos Mauricio y Lázaro de Cerdeña, Caballero de la orden imperial de la legion de honor etc., pasó á la Iglesia parroquial de San Carlos *intra muros*, en donde habian sido depositados provisoriamente, desde el domingo 11 del corriente mes de Diciembre, los restos mortales del difunto Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Manuel José de Mosquera, Arzobispo de Santafé de Bogotá en la Nueva Granada, muerto la víspera en Marsella, á donde se encontraba de paso, próximo á embarcarse para Roma.

El Prelado estaba asistido de sus Vicarios Generales,





del capítulo de la Iglesia Catedral, de todo el clero secular, reunido en cuerpos de parroquias, y de las diversas órdenes del clero regular, existentes en la ciudad episcopal, y reunidas en cuerpo de comunidad.

Después de una corta oración al pié del altar, Monseñor el Obispo pasó á aspergear con agua bendita el féretro: después entonó la antífona y el salmo prescrito en el ritual romano para el *entierro del cuerpo*: el acompañamiento se puso inmediatamente en marcha, y atravesó las principales calles y plazas públicas de la ciudad, dirigiéndose ácia la Catedral, á donde llegó á las once. El cuerpo del venerable difunto se colocó sobre un catafalco levantado al medio de la Iglesia; el clero tomó su asiento en el coro, y el hermano de Monseñor el Arzobispo de Bogotá, con las personas de su familia y aquellas que le habían acompañado, se colocaron al rededor del catafalco. Inmediatamente Monseñor el Obispo dió principio á la misa mayor pontifical. La asistencia fué numerosa, y testificaba por su recogimiento y su piedad la parte activa que tomaba en aquella ceremonia, y las justas simpatías que le había inspirado el Santo Pontífice desterrado por la causa de la religion. Después del Evangelio y del oficio pontifical, se pronunció una oración fúnebre por el Reverendo Padre Barret, sacerdote de la congregación de los Oblatos de Maria. Aquel discurso hizo aumentar el interés de esta lúgubre función, dando á conocer los principales hechos de una vida llena de virtudes y de méritos, como las circunstancias dolorosas de la separación forzada del Pontífice de los sacerdotes y fieles de su diócesis. Después de la misa tuvieron lugar conforme á la voluntad y decisión de Monseñor el Obispo de Marsella, las cinco absoluciones generales prescritas en el Pontifical Romano para los funerales del Obispo Diócesano: después fué conducido el cuerpo á una de las capillas de la Catedral, en



donde el Prelado hizo las últimas oraciones, y allí se conservará hasta el día en que se pueda tomar para transportarlo á Santafé, é inhumarlo en el panteon destinado á los Obispos de aquella diócesis.

En fé de todo lo que queda dicho anteriormente se ha redactado la presente acta, que ha tenido á bien firmar y sellar con su sello Monseñor el Obispo de Marsella, é igualmente la han firmado los Señores Vicarios Generales y muchos de los Señores Canónigos—

(L. S.) † C. J. EUGENIO, Obispo de Marsella.  
 TEMPIER, Prevot, Vicario General.  
 CAILHOL, Arcediano, Vicario General.  
 J. JEUNIAN, Arcediano, Vicario Gen.  
 J. CAILHOL, Canónigo.  
 FELIPE LONCHE, Canónigo.  
 DUPUY, Canónigo.  
 LANDES, Canónigo.  
 J. CARBONNEL, Canónigo, Secret. Gen.

---

*Gazette du Midi, Marseille 18. Decembre 1853.*

Las exequias del lamentado Arzobispo de Bogotá, de este prelado doblemente ilustre por sus talentos y sus sufrimientos, han sido contrariadas por el mal tiempo; pero sin embargo, el capítulo de la catedral, y el clero de las diez y siete parroquias de Marsella han llenado penosamente su piadoso oficio, atravesando las calles llenas de lodo y agua hasta la Iglesia Mayor. Mas nada podia impedir esta caritativa consagracion, cuando se trataba de hacer un homenaje al Santo Obispo que acababa de morir, víctima de su fidelidad á las leyes de la Iglesia. El féretro iba rodeado de los alumnos del gran seminario, de los cuales muchos llevaban antorchas funerales. La familia y algunos amigos le seguian á pié.



Si una parte de la poblacion de Marsella ha podido preguntar, viendo esta pompa religiosa, quien era el extranjero que acababa entre nosotros su carrera episcopal, la oracion fúnebre que vamos á reproducir, será la respuesta á esta cuestion. Escrita con toda la rapidez de una improvisacion, entre la muerte y las exequias, esta historia fiel de una vida tan cumplida como valerosamente terminada, ha interesado y conmovido el ánimo de los católicos que asistieron á la Catedral. Ella revelará mas de un pormenor ignorado, que los diarios y todos los admiradores de las virtudes de Monseñor Mosquera recogerán en sus recuerdos.

El Reverendo Padre Barret, uno de los oblatos de la vírgen Maria de la inmaculada Concepcion, se expresó en los siguientes términos.

*Vos Spiritus Sanctus posuit Episcopos regere ecclesiam Dei.* (A Vosotros obispos, os ha puesto el Espiritu Santo para rejar la Iglesia de Dios.) Act. 20, 28.

Monseñor.

En presencia de este gran espectáculo parece que la palabra humana es superflua, y que nada puede agregarse á la elocuencia de este sublime drama. La gloria que resplandece al rededor de este ataúd se proclama por sí misma, y la voz humana apenas puede pronunciar mal aquel himno magnífico que resuena en el fondo de los corazones. Necesitamos por tanto un Verbo para la alabanza. Dios no es dignamente alabado sino por su Verbo que le arrulla eternamente con sus gloriosas armonías ; y cuando saliendo de su reposo siembra el espacio de mundos, el Todo-poderoso no se satisface con aquella gloria muda que se exhala de la creacion, y ha querido dar á la natura-



leza un intérprete que traduzca sus himnos con una palabra viva. Los Cielos proclaman en silencio la gloria del Criador; el hombre solo la proclama y la canta, porque solo él poseé un Verbo, eco é imágen del Verbo infinito. ¿Qué vemos hoy? El féretro de un pobre desterrado, triunfantemente paseado en medio de una ciudad conmovida y que se estremece al rededor de este ataúd; un gentío piadosamente reunido; la gloria abriéndose camino por en medio de esos lúgubres exteriores, y este féretro, en fin, transformándose en un trofeo. ¿Qué ojo poco perspicaz no vé al ménos en esta escena brillantes revelaciones? Pero mas bien que Dios, el hombre tiene necesidad del Verbo para publicar sus glorias. La palabra únicamente puede revelar al alma los misterios que el ojo apenas distingue.

Monseñor, vos habeis querido dar á este espectáculo el complemento necesario de la palabra, y para obedeceros vengo á hacer en vuestra presencia el elogio fúnebre de Monseñor Manuel José de Mosquera, arzobispo de Santa-fé de Bogotá, desterrado por la fé, y muerto en esta ciudad en su viage á Roma.

¡Quiera Dios que la pequeñez de mi palabra no empañe demasiado la brillantez de aquella vida incomparable! Yo podré aplicar á mi héroe las palabras del apostol que acabo de citar. A vosotros los Obispos, el Espíritu Santo os ha colocado para regir la Iglesia de Dios. Bien podria tomar separadamente cada palabra de este oráculo y mostrároslo realizado plenamente en la vida del gran Arzobispo. Contempláramos así alternativamente al Obispo en el hombre, á la Iglesia en el Obispo, y á Dios en la Iglesia: *Posuit episcopos regere ecclesiam Dei!* Pero en presencia de una vida tan rica y tan fecunda, no he creído que debo sujetarme á las formas inflexibles de un plan riguroso. Contentémonos con seguir en sus diversas faces



aquella grande existencia. Nuestra tarea será mas libre sin ser ménos lógico nuestro discurso, y sacrificando una unidad facticia, encontraremos en el simple cuadro de la historia aquella unidad natural, que emana, espléndida y armoniosa, de todos los hechos que componen aquella bella y heroica personalidad!

Manuel José de Mosquera nació el 11 de abril de 1800, viérnes de la Semana Santa, en Popayan, capital de la diócesis y de la provincia de este nombre en el antiguo vireinato, hoi República de la Nueva Granada; él descendía de una antigua y noble familia, que despues de haberse ilustrado por largo tiempo bajo el cielo de España, fué á establecerse ácia mediados del siglo 16º. en las tierras recientemente conquistadas de la América ecuatorial. Entre los tres hermanos, que participaron con él de aquella larga sucesion, el primero fué elegido presidente de Colombia, el segundo gobernó mas tarde la Nueva Granada, y el tercero, gemelo del Arzobispo, por largo tiempo ministro de su patria en muchas cortes de Europa, estaba destinado á ser el fiel compañero de su destierro, y á dividir con él el caliz de la amargura, y á recoger la herencia de un gran dolor en una gran virtud, y tambien, gracias al Cielo, la herencia de la gloria.

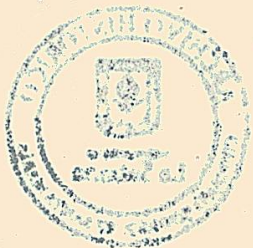
Al lado de aquella cuna celebramos ver aparecer la imágen de la madre cristiana. Doña Maria Manuela de Arboleda habia pedido ardientemente á Dios un hijo que se consagrara á su servicio. Dios escuchó sus votos, y la piadosa madre no murió sino despues de haber visto á su hijo ofreciendo el sacrificio santo sobre las aras consagradas á su Dios.

Desde su mas tierna infancia Manuel José hizo presagiar todos los altos destinos que le preparaba la Providencia. Viéronse mui pronto descubiertas en él aquellas raras cualidades que profetizan en la infancia un gran porvenir,



los atractivos del carácter y la riqueza de la inteligencia, la infatigable actividad y la piedad mas viva. Durante el curso de sus estudios se levantaba todos los dias á las tres de la madrugada é iba á postrarse al pié de los altares, y despues se entregaba al trabajo con un ardor siempre creciente. Los resultados mas brillantes coronaron de año en año la frente del jóven estudiante. El mas noble impulso le sostenia en las vias áridas de la ciencia: el instinto de su vocacion á Dios, y el deseo de glorificar el sacerdocio, eran los que le llevaban en su carrera literaria para adornarla con aquel prestigio que concita la estimacion y veneracion de los hombres. Asi es que siguiendo sus estudios clericales, se preparaba á los grados que abren las carreras civiles, y cuando el jóven levita recibió de manos de su Obispo la uncion sacerdotal, habia recogido todas las palmas académicas, y obtenido el título de doctor en jurisprudencia. Dos rasgos característicos señalaron la juventud de Manuel José. Una especie de magistratura ejercida sobre sus condiscípulos: magistratura impuesta por la grandeza y el atractivo de aquella naturaleza rica, y por la supremacia en el saber y la virtud; y despues de parte de sus superiores, una estimacion, diré, una casi veneracion mezclada de ternura. El director de su alma, teólogo distinguido y sacerdote de un gran mérito, fué tan vivamente impresionado de su fervor, de su precoz madurez y de sus virtudes eminentes, que consagró á su jóven alumno una de aquellas amistades que honran al mismo tiempo los dos corazones que unen. Durante veinte años mantuvo una correspondencia fiel estas relaciones de amistad cristiana, y el mismo dia de su muerte, el santo anciano quiso enviar á su amigo un eterno á Dios en una carta que quedó sin concluirse porque la interrumpió la agonía.

El sacerdocio abrió una vasta carrera á este valiente



atleta, que se arrojó á ella con ardor. Desde su entrada al ministerio sacerdotal, se le vieron desplegar los inagotables recursos de su actividad. Encargado simultáneamente de muchas funciones, de las cuales una sola habria sido suficiente para absorber el tiempo de un hombre, él se multiplicaba sin treguas y sin medida, acusándose siempre de no llenar su tarea. Encontrósele un dia deshecho en lágrimas: ¿Porqué llorais? le dijo una voz amiga, “el tiempo me falta” respondió el santo sacerdote. Así era como llenaba los grandes deberes de la vida sacerdotal, á la vista de su familia, que contemplaba encantada y llena de gozo esa vida sobre la cual brillaba una divina nobleza en el seno de su patria, feliz y orgullosa de poseerle.

Sus ensueños eran santificar su alma, edificando á las confiadas á su guardia, y consumiendo sus dias en aquellos trabajos monotonos.

Dios quiso disipar este ensueño. No habia él acumulado en esta alma tantas riquezas para dejarlas siempre en la sombra de una vida obscura. El mérito, por otra parte, se descubre siempre por sí mismo, y los hombres fueron los instrumentos de los designios de Dios. Un dia llegó la noticia no esperada á los oidos del Presbítero Mosquera, entónces Canónigo Doctoral y Vicario general en su pais natal, de que el congreso de la República, le habia elegido para Arzobispo de Santafé de Bogotá, capital de la nacion. El prelado designado apenas llegaba á los 34 años. El primer pensamiento que le ocurrió fué resistir á esta eleccion, que le parecia una locura; pero Dios le habló tan claramente por labios augustos, que no le quedó al elegido otro recurso que bajar humildemente su cabeza, y recibir el yugo ilustre del episcopado. Fué consagrado por su Obispo, Monseñor Ximenez, venerable anciano, que llevaba honrosamente un nombre de que la España se envanece, y que se resignó con alegría

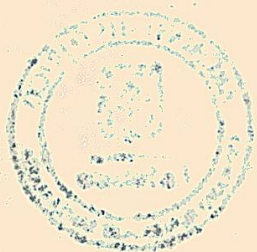


á no ser, desde entones, sino el sufraganeo de su antiguo Vicario. Grande fué la emocion del inmenso auditorio que habia asistido á la ceremonia, cuando se oyó al prelado consagrante dirigir al jóven Arzobispo una alocucion que tenia por texto estas palabras del Profeta. *Ego dixi: a, a, a, puer sum, nescio loqui.* Yo he dicho: a, a, a, soi niño, no se hablar. Despues de haber hecho alusion á la juventud del nuevo prelado, como una prenda de seguridad para el porvenir de su Iglesia, volviéndose á él exclamó el anciano: vos podeis decir mui bien con el Profeta: *puer sum*, soi un niño; mas no podeis decir á su ejemplo *nescio loqui*, no se hablar! Alusion ingeniosa á la elocuencia ya popular del jóven prelado.

Los Obispos, dice San Agustin, estan colocados en alto puesto para que desde alli puedan velar sobre su pueblo. El Obispo católico es el pastor vigilante, el fiel guardian del rebaño en una era de prosperidad.

Lleno de ternura por sus ovejas, este buen pastor se consagraba todo entero al alivio de los males, y al progreso de los bienes de ellas.

Su caridad compasiva no tenia otros límites que los que ella misma habia formado, y habia ido tan léjos, que cuando llegó el dia del destierro al pródigo pastor, fué necesario que manos amigas viniesen á reparar sus ruinas, y á convertir en limosnas sus presentes de despedida. Pero las almas de su grei llamaban ante todo la atencion de este guardian fiel. No contentándose con edificarlas por el espectáculo de su vida ejemplar, él mismo las sustentaba con el pan de la santa palabra. Entre los dones que Dios le habia concedido, se admiraba de mucho tiempo atras, el raro y precioso de la elocuencia. Su palabra viva, atractiva y animada, subyugaba y dirigia á su voluntad las almas cristianas. No cuidó de dejar oculto este talento sublime, y cada año predicaba en su





catedral todas las domínicas de cuaresma, y siempre la inmensa basílica estaba llena de fieles ansiosos de recoger sus oráculos. La historia deplora la pérdida de tantas palabras inspiradas; pero el moderno Crisóstomo no pensó jamás en hacer papel en la historia, y hubiera temido perder su tiempo escribiendo los acentos de su genio; y cuando se le pedía con instancia que dejase algunas páginas escritas para la posteridad como un depósito de su palabra, respondía: “Un obispo no está hecho para escribir, sino para hablar, como los apóstoles, de abundancia de corazón.”

Hasta aquí, hermanos míos, hemos podido admirar, sin trabajo, aquella larga y bella existencia, pareciéndonos que ella ha seguido el curso magestuoso y tranquilo del río que derrama sobre sus playas la vida y la fecundidad. De aquí adelante este bello río va á cambiarse en un mar proceloso y siempre dominado por las tempestades. Este cuadro, hasta aquí tan puro y risueño, va á teñirse de sombríos colores. Nuestra alma contemplando estas sombras experimenta diversas emociones; porque, así como el ojo del hombre se entristece á la vista de luchas dolorosas, así el corazón de un cristiano se dilata al aspecto de las victorias que las han coronado.

Después de catorce años de un pontificado pacífico, Monseñor Mosquera iba muy pronto á llegar á medio siglo: iba á llegar á aquella edad en que el alma comienza á mirar ácia atrás y á fijar su vista sobre el horizonte de lo pasado; porque cada día el porvenir pierde su prestigio, y en vez de ilusiones, solo ofrece tristes y amenazantes imágenes. Aquel momento solemne, bien lejos de abrir al Santo Obispo una era de reposo, le inauguró la era de los sufrimientos y del martirio.

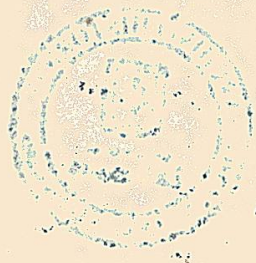
La Nueva Granada experimentaba en aquella época, uno de aquellos cambios en los poderes públicos que tras-



tornan todo el edificio social por sus fundamentos y que precipitan á los pueblos en nuevas é inexploradas vias. Desde las riberas de la Europa el soplo revolucionario atravesando el oceano fué á levantar borrascas tempestuosas en las regiones, hasta entónces pacíficas de la América intertropical. Debilmente combatido por instituciones que no protejen suficientemente al hombre contra sus propias debilidades, levantó bien pronto la cabeza el genio del mal y logró apoderarse de la direccion de los negocios, pudiendo hacer alarde con toda claridad de sus pasiones y de sus odios. Las leyes y las instituciones católicas oponian barreras á sus pérfidos designios y resolvió destruirlas. ¡Aquí la guerra tomó otra vez por santo y por pretexto la libertad! Dios ha condenado la iniquidad á desmentirse ella misma eternamente. En nombre de la libertad, ó á nombre del poder, se han ejecutado y se ejecutan siempre los mas grandes atentados contra los derechos de Dios y de la Iglesia, que son la sola base y la única garantía de toda libertad y de todo poder.

El gran Arzobispo habia visto levantarse en el horizonte aquellas tremendas tempestades; su grande alma no se turbó. El sabia perfectamente que seria la primera víctima, pero él habia oido la palabra del maestro "Se-reis perseguidos por causa de mi nombre." Inaccesible al temor quiso preparar á sus ovejas contra las tentativas del miedo. En un discurso, en que desplegó todo el fuego de su palabra, demostró á su pueblo las persecuciones de la Iglesia. La lucha comenzó, si es permitido llamar así aquel espectáculo al mismo tiempo sublime y execrable de la víctima que se defiende de sus verdugos.

El primer triunfo de los enemigos del pontífice fué la expulsion de aquellos maestros que él habia dado á la infancia. Su nombre, sus obras, sus aciertos, su consa-

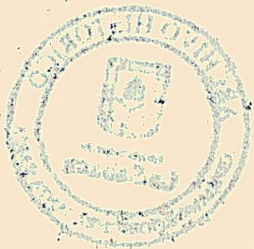




“de que soi Prelado. Como ciudadano acato, cumplo y  
 “obedezco las leyes civiles, dictadas en asuntos de su com-  
 “petencia ; respeto las autoridades y me someto ciegamente  
 “á sus decisiones. Como Arzobispo acato, cumplo y obe-  
 “dezco las leyes en negocios canónicos ; estoi sometido á  
 “la Santa Sede Apostólica y tengo que conformarme con  
 “sus mandatos. . . . Si por una fatalidad deplorable, se  
 “ponen en contradicion la lei civil con la lei canónica  
 “sobre materias eclesiásticas ; qué deberá hacer un  
 “Obispo, que en su Diócesis, es el depositario y el guar-  
 “dian de la potestad, de los derechos y de la disciplina  
 “de la Iglesia ? La misma Iglesia le tiene trazado el  
 “camino que han seguido otros Obispos y de que no  
 “puede desviarse.” Al oír estas palabras nos creemos  
 transportados á los primeros tiempos de la Iglesia, á  
 aquella época en que el carácter cristiano se revelaba al  
 mundo con su esplendor nativo radiante, con todo su  
 divino reflejo.

Tanta moderacion unida á tanto valor, no pudo desar-  
 mar el odio. El Arzobispo fué acusado, juzgado y con-  
 denado al destierro. Cuando la noticia llegó á sus oídos,  
 él gemia, hacia algun tiempo, en el lecho del dolor : este  
 anuncio pareció que le reanimaba las fuerzas ; se vió al  
 santo proscrito levantar los ojos y las manos al cielo, para  
 darle gracias á Dios de haber sido juzgado digno de sufrir  
 por Jesucristo.

Luego que sus fuerzas se lo permitieron, se hizo trans-  
 portar á las playas de donde debia partir para el des-  
 tierro. Apresurábase á ir á respirar la atmósfera de la  
 proscricion : su alma de Obispo y de apostol se dilatava  
 con el pensamiento de participar de los combates y de los  
 sufrimientos de los héroes de la fé. Partió, pues, conso-  
 lado y gozando de las grandezas radiantes de su espíritu.  
 Pero bajo estos goces sobre humanos ; qué martirio ator-



mentaba el corazón del proscrito! Un Obispo desterrado no es únicamente un simple expatriado: es un esposo á quien se le arranca una esposa adorada, es un padre que llora una familia amante y bien amada. El santo pastor hacia las delicias de sus ovejas. En recompensa de la ternura sin límites que él les prodigaba, habia recibido de ellas un amor sin medida. En mil circunstancias se habia manifestado esta ardiente simpatía: una sola de ellas bastará para revelárosela toda entera. Corrió un día el rumor en la ciudad episcopal de que se trataba de atentar contra la vida del Prelado. La noche de Navidad, al salir el Prelado de su palacio para ir á la catedral, encontró el camino circundado de una doble falange cerrada y compacta. ¡Todas las madres de familia se habian reunido, por donde debia pasar, para oponer una barrera viviente—á un sacrílego atentado!

El destierro debia ser para el santo Obispo una perpetua mezcla de goces sobre naturales y de dolores inconsolables. A estos dos elementos quiso Dios agregar consuelos suaves, y rayos de gloria anticipados por el cielo.

Ya por dos veces la voz augusta del pontífice supremo habia ido á resonar en los oídos de la víctima para sostener sus fuerzas bendiciendo sus combates. El inmortal Pio IX, que tambien apuró él mismo la amarga copa del destierro y de los sufrimientos, habia desahogado su pecho paternal en el alma del héroe. Desde sus primeros pasos sobre la tierra extranjera, el desterrado oyó aquella palabra consoladora, pero mas fuerte, mas vibrante, mas majestuosa. Si la Roma pagana glorificaba sus héroes, la Roma cristiana no es ingrata ácia los suyos.

Nueva York abrió al desterrado sus puertas hospitalarias. La jóven y floreciente Iglesia de la gran ciudad, se conmovió luego á la vista de aquel atleta, despojado, expulsado por la causa de Dios: ella resolvió darle una



prenda de piedad respetuosa, y de simpatía fraternal. Le ofreció como un símbolo de union mística un anillo pastoral con esta inscripcion corta pero elocuente "A Manuel de Mosquera, confesor de la fé!" *Emmanueli Josepho, fidei confessori!* Para corresponder á aquel homenaje, el Crisóstomo en destierro encontró en su alma ardorosos acentos, y despues de una alocucion atractiva, exclamó, ¡ "Jamás mientras viva, podré olvidar vuestras bondades. Y el precioso anillo episcopal, prenda de vuestra fé y caridad, será para mí en las solemnidades santas, lo que fué para Antonio la túnica del grande primer hermitaño Pablo, al mismo tiempo que me recuerde las virtudes de los siglos primeros de la Iglesia, virtudes que hoy admiro gozoso en esta ilustre Iglesia de Nueva York.

Del continente americano el confesor de la fé se embarcó para la Francia. Allí debía seguir para romperse al fin aquella tela del destierro, que sobre un fondo de inexorable angustia diseñaba alguna vez á la vista algunas flores celestiales de consuelo y de gloria. Una carta datada en Roma y sellada con el anillo del pescador, le habia salido al encuentro en este segundo teatro de su martirio. Aquella carta reanimó sus fuerzas en el momento de extinguirse, y pudo repetir con amor esta palabra inefable. "Ah! El Papa es médico tan bueno." A su vez, él respondió á aquellas insinuaciones paternales del Padre de las almas católicas. No puedo resistir al deseo de haceros oír aquel diálogo, igual en sublimidad á cuanto hai de mas bello en la historia del mundo. Venerable hermano, decia el Papa "hemos resuelto dirigirte "esta carta, á fin de testificarte cada vez mas el particular amor que te profesamos, el alto grado de estimacion "en que tenemos tu admirable valor en defender la causa "de la Iglesia . . . . . Yá podras inferir tu mismo, por esta "expresion de Nuestros sentimientos, cuán grata y satis-

“factoria nos será tu llegada á Roma, pues deseamos vivamente abrazarte con el entrañable afecto de nuestro corazon, gozar de tu presencia y conversacion, y congratularnos contigo de tus singulares merecimientos en servicio de la Religion Católica.” Beatísimo Padre, repondió el desterrado, “Aunque no alcance á expresar suficientemente cuán gran gozo y gratitud ha excitado en mi corazon la afectuosísima carta que he recibido de Vuestra Santidad, fecha en Roma á 7 de Abril, no debo diferirlo para aquel tiempo en que postrado á los pies de Vuestra Santidad, me será al fin un dia permitido manifestaros de viva voz los íntimos sentimientos de mi corazon. Y á la verdad, oprimido, como me hallo hasta el dia de hoi, por el peso de las enfermedades y de las amarguras del alma, y rendido en cama por la mala estacion, solo me consuela la esperanza de que no muy tarde podré ir a Roma á visitar á mi Padre. Si, veré á mi Padre ántes de morir: Esta es mi esperanza, y esta la oracion del alma mia!”

Aquel, que oyendo estas palabras, no siente circular su sangre con estremecimiento extraordinario, ha perdido ya el sentimiento de lo bello, de lo sublime, de lo divino. Todo es sobrehumano en este diálogo: puede decirse que aquellas dos grandes almas se habian unido y abrazado al travez de la inmensidad del espacio para explayarse y desahogarse la una en la otra al pié de la cruz del hombre Dios!

La Iglesia de América dió á este noble proscrito una prenda de amistad fraternal. La Iglesia de Francia le reservaba una ovacion gloriosa. Celebrábase una fiesta en Amiens, apenas dos meses há, con motivo de la entrada triunfante á su antigua patria, de una mártir sacada de la catacumbas. Treinta príncipes de la Iglesia, cardenales, arzobispos y obispos, representando la Irlanda, la



Inglaterra, la Bélgica, la Suiza, el Africa misma, el Asia y la Oceanía, ilustraban con su presencia aquella inmensa fiesta. El pontífice desterrado quiso igualmente tomar parte en aquella solemnidad. Paciente y agotado de fuerzas, dejó su lecho de dolor, para contemplar al ménos la marcha de la triunfadora. La impresion fué profunda y unánime cuando se vió que todos los príncipes de la Iglesia se detenian uno despues de otro en presencia del proscrito, y se inclinaban respetuosamente para honrar en él los sufrimientos y el heroismo de un confesor de la fé. Se hubiera dicho que el triunfo dividia sus esplendores entre dos mártires, la mártir muerta y el mártir vivo; el martirio de los primeros siglos, y el martirio del presente; la mártir sacada de las catacumbas de Roma, y el mártir que iba á recoger su última palma en el camino de Roma.

Pocos dias despues el Santo Prelado se dirijia ácia la ciudad eterna. Llegado hasta la playa, en donde debia embarcarse, recibió de nuevo dulces anuncios de la acogida que le preparaba el corazon magnánimo del Soverano Pontífice. Vos sabeis, Monseñor, cuán grande era su regocijo, cuán viva su esperanza. En aquella entrevista suprema, que precedió á su agonía, vos le visteis repetir con enajenamiento: "Iré á ver á mi Padre ántes de morir." La muerte vino á destruir este ensueño; pero fué para transformarlo y eternizarlo en su realidad divina! En vez de las puertas de la Roma terrestre, su alma vió abrirse delante de ella las puertas de la Jerusalem celeste; en lugar del Padre mortal y visible, fué á ver en el Cielo al Padre inmortal é invisible, descubriéndosele con los esplendores radiosos de su beldad infinita.

No es dado al hombre comprender en su plenitud las obras de la Providencia. Con todo eso, echando una atenta mirada sobre el desenlace repentino de aquella



vida heroica, y examinando sus circunstancias tan notables, nos será permitido ver en ello alguno de los designios de Dios. ¿Por qué, pues, el augusto Arzobispo de Santafé ha venido de parte de Dios á sufrir y morir en Europa, y en la Europa en Francia, y en la Francia en Marsella?

La Europa marcha sobre el declive de un abismo, bajo las exterioridades de una civilizaci6n brillante, que descubre al ojo observador dos vicios radicales, dos heridas mortales, el individualismo y la anarquía. Estas dos heridas tienen por primera causa la ruptura de la unidad cat6lica.

Dios solo es el v6nculo indisoluble de la unidad social; porque solamente 6l dá á los hombres la verdad y el amor. En la falta de aquel v6nculo sobrenatural, no estando ya los pueblos unidos en las regiones superiores de la luz y de la atracci6n divina, no ven entre sí sino los lazos elásticos y frágiles del interes privado. El egoismo aislado concentra y apoca las almas, y la sociedad no viene á ser mas que un edificio sin cimiento, sin union y sin duraci6n posible. Puesto que aquella unidad divina tiene sobre la tierra una forma, una expresi6n de vida, esta es la Iglesia cat6lica, depositaria perdurable de los tesoros celestiales. Asi Dios, que parece querer salvar á toda costa á la Europa, manifiesta y glorifica delante de ella la unidad cat6lica, invita á las sociedades postradas y moribundas á buscar una vida nueva en el seno de aquella Iglesia, que fué su madre, y que puede únicamente salvarlas.

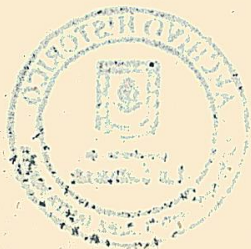
Para proclamar y exaltar la unidad cat6lica era necesario personificarla en una aparici6n que conmoviese y reasumiese en ella sus milagrosos triunfos sobre el tiempo y el espacio.

Hé bien! Ved llegar al gran Arzobispo. Víctima de



la proscripción, ha venido á pedir á la Europa hospitalidad en su destierro: en él se muestran á un tiempo las antiguas glorias de la unidad divina: en él renacen y brillan los Atanasios, los Ambrosios, los Crisóstomos, los Gregorios, los Tomas Becket, todos aquellos campeones ilustres de la verdad. El combate, sufre y muere por las mismas doctrinas, por los mismos derechos, por las mismas esperanzas; combate, sufre y muere con la misma energía, el mismo valor, el mismo heroísmo. Con este triunfo sobre el tiempo, la unidad católica, personificada por aquel héroe, adquiere aún, en él y por él, un magnífico triunfo sobre el espacio. Para mostrarse á la Europa el héroe ha atravesado vastas distancias y superado las barreras de las olas del mar y de las tormentas: como peregrino sublime ha recorrido inmensas regiones, y por todas partes ha avivado en las almas la piedad, el amor, y la veneracion. Sobre su camino de angustias ha encontrado otras víctimas, otros proscritos fugitivos como él, por haber defendido, como él mismo, los derechos eternos de Dios. Há dado la mano á sus hermanos en el martirio. El ángel de Santafé ha venido á saludar con el ósculo fraternal á los ángeles de Colonia, de Turin, de Ginebra, y de Friburgo, y ha volado al Cielo arrojándose al camino de Roma. ¿No vemos en esto el triunfo supremo de la unidad católica? Ah! los pueblos destruidos aparentemente sabrán bien adivinar y comprender el sentido de esta aparicion providencial, y la historia dirá cual ha sido la profunda influencia ejercida por este mártir sobre las reorganizacion de la sociedad europea!

Ademas de estas revelaciones generales, Dios queria dar á la Francia, último testigo de aquel martirio, lecciones al mismo tiempo severas y consolatorias, y una doble notificacion de justicia y de misericordia.



La Francia ejerce sobre la Europa, y por la Europa sobre el mundo, una magistratura evidente. Aquella potencia irresistible del mal, mas que del bien, sabe explotarla en su provecho. La impiedad que desola la Iglesia en aquellas lejanas regiones ha sido sembrada por la Francia; ella quien la alimenta, y ella quien la atiza. Los sarcasmos de Voltaire, casi extinguidos entre nosotros, continuan allende de los mares su desastrosa carrera. La data que abrió para el Santo Pontífice la era de la persecucion se bastó á si misma para arrojar sobre nuestra patria una responsabilidad solidaria y destructora. Acordaos de aquella época nefasta, en que la tempestad hizo un rebote de la Francia á la Europa y de la Europa á la América. ¡Ah! Dios ha traído la víctima en presencia de sus primeros verdugos. Asi es cómo él ha querido sembrar sobre la Francia estas dos cosas divinas, los remordimientos y la expiacion.

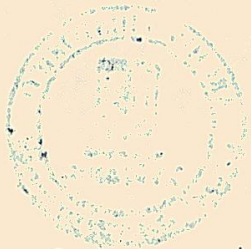
¡Hé aqui cómo, por diferentes veces ya, abre la Francia sus riberas á nobles fugitivos, y da sepultura á las víctimas de las tormentas que ella misma ha levantado! Aparicion terrible para los apóstoles del mal! En el antiguo Egipto, cuando un hombre habia sucumbido bajo el puñal del asesino, la lei llamaba á todos los ciudadanos al rededor del cadáver; y allí cada uno juraba que no habia tenido parte en el crimen. Oh! vosotros forjadores de la mentira, escribas asalariados del infierno, Dios os llama al rededor de aquel féretro fúnebre; decid, si os atreveis, que no estais manchados con la sangre de la víctima? Ah! cuando vosotros trazabais en la oscuridad vuestras mentirosas páginas; cuando vuestra insolente pluma deramaba á mares sobre Dios, sobre su palabra, sobre sus ministros, la injuria, la calumnia, el odio, vosotros creiais no ser sino los bufones de los pueblos. Pero allá, del



otro lado de los mares, vuestra palabra impía se cambiaba en espada, que hería el corazón de gloriosos atletas de la verdad! Hé aquí cómo Dios hace pasar delante de vosotros una de vuestras víctimas. Ojalá pudierais sentir con este espectáculo el noble y saludable suplicio de los remordimientos!

Cerca de la justicia que siembra los remordimientos, entreveo la misericordia que siembra la expiación. El sistema cristiano reposa todo entero sobre el dogma de la expiación voluntaria y de la conciencia, inmoldándose por el crimen. El Dios que ha salvado el mundo, murió sobre una cruz en la cima del monte Calvario. La sangre de los mártires por su virtud expiatoria, ha producido la fecundidad. Cuando veais caer una víctima pura, esperad por aquellos que la han inmoldado, esperad por la tierra que ha bebido su sangre. ¿Por qué vemos en nuestros días á la Inglaterra, cuna de todas las tempestades modernas, volver en falanges cerradas á la unidad católica? Porque en los días de la tormenta, tantos é ilustres proscritos han ido á pedir un asilo y un sepulcro á aquella misma region de donde partió el rayo que les hirió. En recompensa de las palabras de muerte, salidas del seno de la Francia, el mártir de hoy ha venido á traerle sus últimas lágrimas, sus últimas oraciones, su último suspiro; dando así á la expiación el teatro mismo del crimen, y purificando por este holocausto la iniquidad que se desconoce á sí misma é ignora la tierra en que nació.

En fin, hermanos míos, ¿por qué vuestra ciudad ha sido escogida para recoger el último aliento del héroe de Dios? Sin duda, Dios, que quería rodear de gloria esta muerte sublime, debía darle por testigo una ciudad católica entre todas, una ciudad en donde todo lo que es grande, noble, divino, hace latir los corazones ardientes y entusiastas.



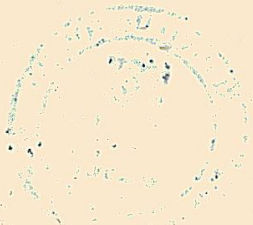
Pero además de esta razón, yo entreveo otra más profunda, más brillante. Poco há os decía yo, que el espectáculo de este mártir era para la Europa una solemne manifestación de la unidad católica. Así pues, aquella unidad tiene en el mundo un centro radiante y único: Roma, Roma, la ciudad eterna; Roma, cátedra indestructible de Pedro; Roma, patria universal de las almas. En el momento en que la muerte vino á herir al héroe, él se dirigía ácia aquel augusto centro. Marsella era el puerto en donde debía embarcarse. ¿Por qué el nuevo Moisés ha cerrado los ojos sobre el suelo de la tierra prometida? ¿No veis resplandecer la razón providencial en esta muerte imprevista? Ah! Pues la unidad católica es la salud del mundo, el camino de Roma es el de la salud!

No os admireis, pues, de que Dios ahonde más profundamente cada día este camino de Roma, y que fije á toda hora sobre ella las miradas de la humanidad. Para colocar á lo largo del camino fanáles luminosos, acumula allí los sepulcros de héroes ilustres, como los Romanos de otros tiempos adornaban sus vías triunfales con espléndidos mausoleos. El gran libertador de Irlanda espiraba, poco tiempo há, sobre un punto de aquella ruta divina: ¡el Crisóstomo de la América acaba de ilustrar la primera jornada de la travesía! ¡Sobre una de las vías que conducían á la Roma págana, el viajero admira el sepulcro de los Escipiones; sobre el camino de la Roma cristiana iremos nosotros á saludar con amor las tumbas de Daniel O'Connell y de Manuel de Mosquera! Largo tiempo há que Dios hizo de una tumba el faro de la humanidad! ¡El sepulcro de los héroes cristianos no hace sino reflejar los esplendores y la gloria del sepulcro del hombre Dios! ¡Oh alma bienaventurada del Pontífice, del Apóstol, del Confesor, del Mártir, perdonad á mi pa-



labra, el no haber podido hacer mas que pronunciar mal una alabanza indigna de vuestras grandezas: los himnos de la tierra no son jamas sino ecos débiles, que no pueden expresar los himnos del Cielo! ¡Los ángeles sabrán traducir felizmente en su lenguaje aquel cántico que sube desde el valle de lágrimas! De lo alto de aquel trono en que reinais, vos ¡ó alma celestial! arrojad una mirada de ternura sobre esta ciudad, sobre este pueblo, sobre este pontífice, que han querido transformar en triunfo vuestro tránsito del tiempo á la eternidad! Bendecid á esta Francia, la primera culpable de vuestras desgracias, pero purificada por vuestro martirio! Bendecid á la Europa que se agita, y á quien vos habeis marcado con vuestras huellas el camino de la vida! Bendecid aquellas tierras lejanas que estan llenas de vuestra gloria, y de las cuales, desde hoi, sereis el ángel custodio y la fiel protectora!

A vosotros, ilustres despojos ¡cuán magníficos son los destinos que os están reservados, esperando el dia de la glorificacion eterna! Esta brillante ovacion no es sino la aurora de mas bellos triunfos! Yo sé que manos piadosos y fraternales quieren volveros á llevar sobre la tierra natal para haceros allí una tumba cerca de vuestra cuna. Este último hecho completará la semejanza entre el Crisóstomo de los antiguos tiempos y el Crisóstomo moderno. Ah! cuando atraveséis las naciones conmovidas, todos los corazones católicos se inclinarán á vuestro paso, y cuando llegéis al suelo de la patria, allí encontrareis á todo un pueblo de rodillas, deshecho en lágrimas, y vendreis á ser para aquel pueblo un objeto de dolor mezclado de un noble orgullo, un signo de reconciliacion y de alianza divina, y el paladion inmortal de sus destinos!



*Diócesis de Marsella.*

*Extracto del Registro Obituario del Capítulo de la Iglesia  
Catedral de Marsella.*

El año de mil ochocientos cincuenta y tres y el Jueves décimo quinto día del mes de Diciembre, Monseñor el Obispo de Marsella, asistido por el Capítulo de la Catedral, y en presencia del clero de las parroquias de la ciudad, convocado expresamente al efecto, ha hecho el depósito del cuerpo del finado Monseñor Manuel José de Mosquera, Arzobispo de Santafé de Bogotá, en la Nueva Granada, nativo de aquel país, hijo del finado Don José Maria de Mosquera y de Doña Maria Manuela de Arboleda, muerto en Marsella, á la edad de 53 años, en el hotel de Castilla, plaza del gran Teatro, No. 1.º. El acompañamiento fúnebre se dirigió á la catedral, en donde tuvo lugar un servicio solemne, en el cual pontificó Monseñor el Obispo de Marsella. Habiéndose concluido la Misa y las cinco absoluciones, los despojos mortales del Venerable Arzobispo, se depositaron en una Capilla de la Catedral, para esperar el momento de su traslacion á Santafé de Bogotá.

Llegado el miércoles vigésimo primero del dicho mes de Diciembre, despues del oficio de la mañana, y de la recitacion de las oraciones prescritas por el Ritual Romano en iguales ocurrencias, un miembro del Capítulo ha entregado el cuerpo expresado del Señor Manuel José de Mosquera, al hermano de dicho Prelado, que se encarga de acompañarle ó hacerle conducir tan pronto como sea posible hasta el lugar de su sepultura en la Iglesia Metropolitana de Santafé de Bogotá; y han firmado la presente acta, Monseñor el Obispo de Marsella, el Señor Tempier Prevot, Vicario General y el Señor Cailhol Arcediano, Vicario General.



Certificado, conforme la acta original, para ser transmitido á los Señores Canónigos y Capítulo de la Iglesia Metropolitana de Santafé de Bogotá. En Marsella el dia 21 de Diciembre de 1853. Por el secretario del Capítulo J. Carbonnel, Canónigo secretario.

Visto por Nos, el infrascrito Obispo de Marsella para la legalizacion de la firma anterior del Señor J. Carbonnel Canónigo de la Catedral, desempeñando por ausencia del Secretario del Capítulo, sus funciones.

Marsella 23. de Diciembre 1853.

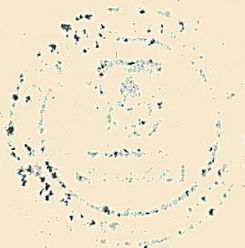
(L. S.) † C. J. EUGENIO Obispo de Marsella.

Por mandate de Monseñor el Obispo

J. BLANC, Prosecretario,

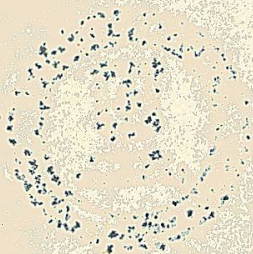
Los documentos de este apéndice son traducidos por T. M.

F I N .









## ERRATAS NOTABLES.

<i>Pag.</i>	<i>linea.</i>	<i>dice.</i>	<i>léase.</i>
24	6	calbario	calvario
24	17	prodido	podido
24	20	humanos	humano
27	5	los propie-	las propie-
31	21 y 22	devolviese	devolviesen
42	2 y 3	omitieron	omitió
43	17	estos	aquellos
46	3	dessierro	destierro
55	6	á aspergear	á asperjar
65	27	acto legislatio	acto legislativo
66	20	fué acusado	fué acusado
72	6	El combate	Él combate
76	20 y 21	piadosos	piadosas
78	12	por mandate	por mandato



